La traición en la amistad

María de Zayas

Edición electrónica de Matthew D. Stroud, Trinity University.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

- MARCIA
- FENISA
- BELISA
- LAURA
- FÉLIX
- LISEO
- GERARDO
- DON JUAN
- LAURO
- LEÓN
- ANTONIO
- FABIO
- LUCÍA

JORNADA PRIMERA

Salen MARCIA y FENISA

MARCIA: Vi, como digo, a Liseo
en el Prado el otro día
con más gala que Narciso,

3 Narciso: en la mitología clasica, un hombre bellísimo a quien le gustaba contemplar su propia belleza en las aguas tranquilas de las fuentes

más belleza y gallardía.
Puso los ojos en mí
y en ellos mismos me envía
aquel veneno que dicen
que se bebe por la vista;
fueron los míos las puertas,
pues con notable osadía
10 osadía: atrevimiento
se entró por ellos al alma
sin respetar a sus niñas.
Siguióme y supo mi casa,
y por la nobleza mía
apareció el ciego lazo
que sólo la muerte quita.
Solicitóme amoroso,
hizo de sus ojos cifras
de las finezas del alma
ya por mil partes perdida.
Yo, Fenisa, enamorada
tanto como agradecida
estimo las de Liseo
más de lo justo.
FENISA: Me admira,
Marcia, de tu condición.
MARCIA: No te admires, sino mira,
Fenisa, que amor es dios,
cuya grandeza ofendida
con mi libre voluntad,
desta suerte me castiga.
Ya hizo el alma su empleo,
ya es imposible que viva
sin Liseo, que Liseo
es prenda que el alma estima;
y mientras mi padre asiste,
como ves, en Lombardía,
en esta guerra de amor
he de emplearme atrevida.
Si tu pretendes que crea
que eres verdadera amiga,
no me aconsejes que deje
esta empresa a que me obliga,

no la razón, sino amor.
FENISA: Mal dices, siendo mi amiga,
poner duda en mi amistad;
mas si a lo cierto te animas,
justo será, Marcia amada,
que temas y no permitas
arrojar al mar de amor
tu mal regida barquilla.
Considera que te pierdes
y a las penas que te obligas
en mar de tantas borrascas,
confusiones y desdichas.
¿Qué piensas sacar de amar
en tiempo que no se mira
ni belleza, ni virtudes?
¿Sólo la hacienda se estima?
MARCIA: Naide puede sin amor
vivir.
FENISA: Confieso; mas mira,
bella Marcia, que te enredas
sin saber por dó caminas.
El laberinto de Creta,
la casa siempre maldita
del malicioso Atalante,
el jardín de Falerina,
no tienen más confusión.
Lástima tengo a tu vida.
MARCIA: Espantada estoy de verte,
Fenisa, tan convertiva;
¿haste confesado acaso?;
Ya me cansa tu porfía.
¿No aman las aves?
FENISA: Sí aman,
y no te espante que diga
lo que escuchas, pues amor
esta ciencia me pratica.
Ya sé que la dura tierra
tiene amor, y que se crían
con amor todos sus frutos,
pues sabe amar aunque es fría.
MARCIA: Pues, ¿por qué ha de ser milagro
que yo ame, si me obliga

toda la gala que he visto?
Y para que no prosigas
verás en aqueste naipe.
un hombre donde se cifran
todas las gracias del mundo;
él responda a tu porfía.

88 porfía: persistencia, testarudez

FENISA: ¡Ay de mí!

MARCIA: Ya te suspendes;
dime ahora, por tu vida,
¿qué pierdo en ser de unos ojos
cuyas agradables niñas
tienen cautivas más almas
que tiene arenas la Libia,
estrellas el claro cielo,
rayos el sol, perlas finas
las margaritas preciosas,
plata las fecundas minas,
oro Arabia….

FENISA: ¡Ay Dios! ¿Qué he visto?
¿Qué miras, alma, qué miras?
¿Qué amor es éste? ¡Oh, qué hechizo!
Tente, loca fantasía.
¡Qué máquina, qué ilusión!
Marcia y yo somos amigas;
fuerza es morir. ¡Ay, amor!
¿Por qué pides que te siga?
¡Ay, ojos de hechizos llenos!
MARCIA: Suspensa estás; ¿qué imaginas?
Fenisa, ¿no me respondes?
¿No hablas?

FENISA: ¿Llamas, amiga?
MARCIA: No estoy muy bien empleada.
FENISA: Yo le vi, por mi desdicha,
pues he visto con mirarle
el fin de mi triste vida.
Digo, Marcia, que es galán;
mas cuando pensé que habías
hecho a Gerardo tu dueño,
¿olvidas lo que te estima?
¿No estimas lo que te adora,
siendo obligación?

MARCIA: No digas,
que a nadie estoy obligada
sino a mi gusto.
FENISA: Perdida
estoy por Liseo; ¡ay Dios!
Fuerza será que le diga
mal dél, porque le aborrezca.
¿Cuidado de tantos días
como el del galán Gerardo
por el que hoy empieza olvidas?
Demás, que de aqueste puedes,
fingiendo amor, cortesía,
estimación y finezas,
burlarte; y es más justicia
estimar a quien te quiere,
más que a quien quieres.
MARCIA: ¡Que digas
razones tan enfadosas!
alguna cosa te obliga
a darme, Fenisa, enojos.
¿Qué pensamientos te animan?
FENISA: No te enojes.
MARCIA: ¿Cómo pides
que no me enoje, si quitas
a mis deseos las alas,
a mi amor la valentía,
a mis ojos lo que adoran
y a mi alma su alegría?
¿Quiéresle, acaso?
FENISA: ¿Yo, Marcia?
¡No está mala la malicia!
MARCIA: No es malicia, sino celos.
FENISA: ¿Por qué el retrato me quitas,
muestra que tú de Liseo
valor ni parte no estimas,
y si le estimas procuras
que yo le aborrezca?
FENISA: Amiga
Marcia, escucha, no te vayas,
aguarda por vida mía;
oye, por tu vida, escucha.
MARCIA: Muy enojada me envías;

quien dice mal de Liseo
pierda de Marcia la vista.
FENISA: Pierda la vista de Marcia
quien piensa ganar la vista
de la gala de Liseo.
¿Hay más notable desdicha?
¿Soy amiga? Sí; pues, ¿cómo
pretendo contra mi amiga
tan alevosa traición?
Amor, de en medio te quita.
¡Jesús! El alma se abrasa.
¿Dónde, voluntad, caminas
contra Marcia, tras Liseo?
¿No miras que vas perdida?
El amor y la amistad
furiosos golpes se tiran;
cayó el amistad en tierra
y amor victoria apellida.
Téngala yo, ciego Dios,
en tan dudosa conquista.

Sale don Juan

DON JUAN: Marcia me dijo, Fenisa,
que estabas aquí, y así
a ver tus ojos subí.
FENISA: Siempre el corazón avisa,
el bien y el mal, y así a mí
el corazón me decía,
mi don Juan, con su alegría,
que tú llegabas aquí.
DON JUAN: Bien mi voluntad merece
tu favor, Fenisa mía;
mas el alma desconfía,
con que mil penas padece.
FENISA: (Aparte.) Aunque a don Juan digo amores
el alma en Liseo está
que en ella posada habrá
para un millón de amadores;
mas quiérole preguntar
quién es éste por quien muero
nuevamente.
DON JUAN: Pues no quiero

verte así contigo hablar
sino es que a ti te enamoras,
porque yo no te merezco.
FENISA: ¿Celos, don Juan?
DON JUAN: Yo padezco
y tú mi dolor ignoras.
Maldiciones de Fenisa
son éstas. Tú pagas mal
mi amor.
FENISA: Y tú, desleal,
¿eso dices a Fenisa,
a quien por quererte ha sido
una piedra helada y fría
con los hombres?
DON JUAN: Una harpía,
un desamor, un olvido,
dirás, Fenisa, mejor;
ya sí tus tretas, sirena,
que ya en tu engaño y mi pena
hace sus suertes amor,
y eres…
FENISA: Basta, no haya, no más,
que estás en quejarte extraño.
(Aparte.) Desta manera le engaño.
¡Ay Liseo! ¿Dónde estás?
Que yo te diré en qué estaba,
como viste, divertida.
DON JUAN: ¡Dilo presto, por tu vida,
que la mía se me acaba!
FENISA: ¿Tú muerto? Mil años vivas.
Di: ¿conoces a un galán
en quien cifradas están
las pretensiones altivas
de las damas desta corte?
DON JUAN: ¿Qué dices? ¿Qué es lo que veo?
Respondes a mi deseo,
mas quieres que pague el porte.
FENISA: Escucha, así Dios te guarde,
que yo te diré el deseo
que me mueve, y es Liseo
su nombre.
DON JUAN: ¡Ay, amor cobarde,

qué presto desmayas! Fiera,
¿tal me preguntas a mí?
FENISA: No pienses, don Juan, que en ti
hay causa de tal quimera.
¿De ti mismo desconfías,
cuando tus partes están
por gentil hombre y galán,
venciendo damas?
DON JUAN: ¿Porfías
en darme la muerte, ingrata?
FENISA: (Aparte.) Mejor, don Juan, lo dijeras,
triste de mí, si supieras
que este Liseo me mata:
mas amor manda que calle;
disimular quiero.
DON JUAN: A fe
que ya en tus ojos se ve,
fiera, que debes de amalle.
FENISA: Tu engaño, don Juan, me obliga
a descubrirte el secreto,
por lo que quise saber
quién es el galán Liseo.
Pretende de Marcia bella
el dichoso casamiento,
siendo, por fuerza de estrellas,
conformes en los deseos.
Quíseme informar de ti
si es noble, porque discreto
y galán, ella me ha dicho
que es de aquesta corte espejo;
y tú, sin mirar que soy
la que te estima por dueño,
estás con celos pesado,
pidiendo sin causa celos.
No me verás en tu vida,
y pues celos de Liseo
te obligan a esta locura,
yo haré que tus pensamientos
tengan, por locos, castigos,
pues de hoy más quererle pienso.
Y así servirá a los hombres
tu castigo de escarmiento,

que no se han de despertar
a las mujeres del sueño
que firmes y descuidadas
dulcemente están durmiendo.
DON JUAN: Aguarda.
FENISA: No hay que aguardar;
de Liseo soy; el cielo
lo haga.
DON JUAN: Tras ti voy, fiera,
que por amarte me has muerto.

Vanse, y salen LISEO y LEÓN, lacayo

LEÓN: Contento vienes, como si ya fueras
señor del mundo, por haberte dicho
la bella Marcia que te adora y quiere.
LISEO: ¿No te parece que de un bello ángel
se han de estimar favores semejantes,
y engrandecer el alma, porque en ella
quepa la gloria de merced tan grande?
LEÓN: Si va a decir verdad, como no busco
amor de mantequillas ni alfenique,
de andarme casquivano y boquiaberto, …
de día viendo damas melindrosas,
de noche requebrando cantarillas
de las que llenas de agua en las ventanas
ponen a serenar por los calores,
pues a cabo un cuidado de quebrarse,
la cabeza, no hará sino caerse
y romperle los cascos cuando menos.
¡Pesia a quien me parió! Que no hay tal cosa
como las fregoncillas que estos años en
en la corte se usan.
LISEO: Mi alegría
escucharte me manda; dime al punto
cómo son las fregonas que se usan.
LEÓN: Si preguntas, señor, de las gallegas
rollizas, carihartas y que alzan
doce puntos o trece por lo menos,
dos varas de cintura, tres de espalda;
que se alquilan por meses y preguntan
si acaso hay niños, viejos o escaleras;
de las que sacan de partido un día

y hurtan cada día algunas horas, ……
buscan sus cuyos cuando salen fuera
y venimos a serlo los lacayos
por nuestra desventura y mala estrella;
llevan su medio espejo y salserilla,

314 salserilla: platillo para servir tazas de té y café

y entrando en el portal que está más cerca
se jalbegan las caras como casas

316 jalbegan: maquillan

y se ponen almagre como ovejas,

317 almagre: pintura roja (de maquillarse) 318 requiebro: piropo, alabanza

y tras desto, buscando su requiebro,
se vuelven hiedras a su tronco asidas.

319 lonjas de tocino: trozos de bacón

Llevan sabrosas lonjas de tocino, ……
y en pago desto vuelven a sus casas
con un niño lacayo en la barriga,
o mozo de caballos por los menos;
nosotros paseamos por su calle,
haciendo piernas y escupiendo fuerte,
hasta que llega la olorosa hora
en que quieren verter el… ya me entiendes;
alcahuete discreto de fregonas,
cuyo olor nos parece más suave
que el de la algalia, y aun decirte puedo…

330 algalia: un animal nocturno omnívoro de que se extrae una sustancia utilizada en perfumería que era muy apreciada en el pasado

que alguna vez le tuve por más fino.
Estas, como te he dicho, son gallegas,
y fruta para nosotros solamente;
que de las fregoncillas cortesanas
no hay que decir, pues ellas mismas dicen
que son joyas de Príncipes y Grandes,
y aun hay muchos que humillan su grandeza
al estropajo destas bellas ninfas,
que te puedo jurar que he visto una
que tal vez no estimó de un almirante……
cien escudos, señor, sólo por dalle
la paz al uso de la bella Francia.
Con estas se regala y entretiene
el gusto, y más cuando se van al río,
que allí mientras la ropa le jabonan,
ellas se dan un verde y dos azules;
y no estas damas hechas de zalea

que atormentas a un hombre con melindres
y siempre están diciendo: dame, dame.
LISEO: ¡Ay, mi León! que en sola Marcia veo…..
un todo de hermosura, un sol, un ángel,
una Venus hermosa en la belleza,
una galana y celebrada Elena,
un sacro Apolo en la divina gracia,
un famoso Mercurio en la elocuencia,
un Marte en el valor, una Diana
en castidad.
LEÓN: Parece que estás loco;
¿Para qué quieres castas ni Dianas?
Anda, señor, pareces boquirrubio.
¿Para qué quiero yo mujeres castas? ……
Mejor me hallara si castiza fuera;
por aquesto reniego de Penélope,
y a Lucrecia maldigo; ensalzo y quiero

363 ensalzo: enaltezco, alabo

a la Porcia sin par; que solo Bruto,
si acaso en el amor te parecía,
pudo hacer desatino semejante.

366 desatino: locura, disparate

¡Por vida de mis mozas! Que si fuera
mujer, que había de ser tan agradable
que no había de llamarme naide esquiva.
Dar gusto a todo el mundo es bella cosa; .
bien sabe en eso el cielo lo que hizo.
Tengo estas barbas, que si no yo creo
que fuera linda pieza. ¡Oh, si tuviera
una famosa bota, como digo
verdad en esto!
LISEO: Calla, que parece
que vienes como sueles, pues no miras
que con tu lengua la virtud ofendes
más estimada y de mayor grandeza;
mas eres tonto, no me espanto desto.
LEÓN: Perdona si te digo que tú eres
el tonto, si de castas te aficionas;
mas que si Marcia esa quimera hace,
que te ha de aborrecer, que las mujeres,
aunque sean Lucrecias, aborrecen
los hombres encogidos, y se pierden

por los que ven graciosos, desenvueltos,
y más si al dame, dame, son solícitos.
Si no, mira el ejemplo: a cierta dama
cautivaron los moros, y queriendo
tratar de su rescate su marido,
respondió libremente que se fuesen;
que ella se hallaba bien entre los moros;
que era muy abstinente su marido
y no podía sufrir tanta Cuaresma;
que los moros el viernes comen carne
y su marido solos los domingos,
y aun este día sólo era grosura,
y el tal manjar ni es carne ni es pescado.
¿Entiendes esto? Pues si Marcia sabe
que eres tan casto, juzgará que tienes ….
la condición de aqueste que quitaba
a esta pobre señora sus raciones,
o entenderá que eres capón, y basta.
LISEO: Ya parece, León, que desvarías.
Pero mira al balcón: ¿es Marcia aquella?
LEÓN: No es sino Fenisa, amiga suya.

Sale FENISA al balcón

FENISA: León, llama a Liseo.
LEÓN: Señor, llega,
que la hermosa Fenisa quiere hablarte.
FENISA: Dichosa es la que merece amarte.
LISEO: ¿Qué mandáis, Fenisa, hermosa, ……
pues por mi dicha merezco
que de Marcia hermosa el alma
tenga de hablarme deseo?
Hablad, señora, por Dios,
y no tengáis más suspenso
a quien os adora a vos
por estrella de su cielo;
y si sois de aquella diosa
en quien adoro…
FENISA: ¿Qué espero?
Dejé a Marcia con don Juan
y vengo llena de miedo
a ver de mi dulce dueño
la gala que no merezco.

Hurtando a Marcia sus glorias,
las cortas horas al tiempo,
escribe un papel, y en él
mi amor y ventura ha puesto.
Enojada me fingí
y con este engaño dejo
a don Juan pidiendo a Marcia
que desta paz sea tercero,

431 desta: de esta

y aunque a mi don Juan adoro,
quiero también a Liseo
porque en mi alma hay lugar
para amar a cuantos veo.
Perdona, amistad, que amor
tiene mi gusto sujeto,
sin que pueda la razón,
ni mande el entendimiento;
tantos quiero cuanto miro,
y aunque a ninguno aborrezco
este que miro me mata.
LISEO: Fenisa, con tu silencio
no dilates más mis glorias;
dime si traes de mi dueño
algún divino mensaje.
FENISA: Amistad santa, no puedo
dejar de seguir a amor;
de aqueste papel, Liseo,
sabrás lo que me preguntas;
léele, que te prometo
que me cuesta harto cuidado
la travesura que he hecho;
y queda adiós.
LISEO: ¿Ya te vas?
Aguarda, por Dios.
FENISA: No puedo.
¡Ay, ojos, en cuyas niñas
puso su belleza el cielo!
Adiós.
LISEO: Id con él, señora,
dulce papel de mi dueño,
no carta de libertad
sino de más cautiverio.

LEÓN: ¿Es lignum crucis acaso?
¿Es de alguna santa el hueso
lo que te dio aquella dama?
LISEO: ¿Por qué lo preguntas, necio?
LEÓN: Bésasle tan tiernamente
que no es mucho si sospecho
que es reliquia; a ver, papel;
ahora sí que estás bueno.
Mas si fuera Marcia casta
no granjeara en aquesto.

471 granjeara: captara, lograra

LISEO: Si merezco, papel mío,
saber lo que tienes dentro,
romperé para gozarlo
aqueste divino sello.
LEÓN: Acaba; ¿qué estás dudando?
si no temes que los griegos
del gran caballo troyano
trae metidos en su centro.
LISEO: ¿No es esta letra de Marcia?
LEÓN: Y vendrá a ser, por lo menos,
de la fregona de casa.
LISEO: Calla que leerle quiero;
oíd la boca de Marcia:
«Supe, gallardo Liseo,
tu nobleza, tu valor,
y tu gran merecimiento.
En tu retrato miré
las partes que te dio el cielo
y al fin por ojos y oídos
me dio el amor sus veneno,
y aunque entiendo quien te adora,
hoy a quererte me atrevo,
que amor no mira amistades
ni respeta parentescos.

495 parentescos: lazos familiares

Dirás que fuera mejor
morir; pues tú me has muerto,
no se queda sin castigo
mi amoroso atrevimiento.
Y si quieres de más cerca
oír mis locos deseos,

escuchar mis tristes quejas
y amorosos pensamientos,
vivo a San Ginés. ¡Ay Dios!

504 San Ginés: la sección en Madrid donde él vive

Si no vivo, ¿cómo miento?
Vivo sólo donde estás,
porque donde no estás muero.
En unos hierros azules
dadas las doce te espero
donde perdones los míos,
pues vienen de amor cubiertos.»
¿Qué dices desto, León?
LEÓN: ¿Qué he de decir? Que eres necio
si no gozas la ocasión
pues te ofrece sus cabellos.
Ésta sí que me da gusto,
que descubre sin extremos
los que tiene allá en el alma.
Parece que estás suspenso;
ventura tienes, por Dios.
Di, ¿sabes encantamentos?
¿Con qué hechizas esta gente?
¿Traes algún grano de helecho?
Marcia, te adora y estima;
Fenisa, por ti muriendo.
¿Y Laura?
LISEO: Calla, borracho,
si sabes que la aborrezco
¿por qué me nombras su nombre?
¡Vive Dios!
LEÓN: ¡Jesús! ¿tan presto
te enojas? Detén la mano,
que ya la paso en silencio;
mas, dime, ¿en que ha de parar
esta quimera, que creo
que te has de volver gran turco?
Di, ¿qué pretendes?
LISEO: Pretendo
darte cien espaldarazos.
LEÓN: Dios te guarde, que yo pienso
que no te verás por dar
a puertas de monasterios,

y si das, son mojicones,
cosa que aunque por momentos
los dés, no les quitarás
la herencia a tus herederos.
Mas si pasas adelante
con estas cosas, sospecho
que han de reñir y arañarse,
que esto y más pueden los celos.
Las fregonas, por nosotros
cada día hacen esto;
más las demás, no es razón.
LISEO: ¿Quieres callar, majadero?
Ya me cansan tus frialdades,
ya de escucharte me ofendo.
LEÓN: Casto dice y tiene tres.
Éreslo como mi abuelo,
que no dejaba doncellas,
ni aun las casadas, sospecho.
Era cura de un lugar
y en lo que tocaba al sexto,
curaba muy bien su gusto,
pues el día de su entierro
iban diciendo: ¡Ay, mi padre!
todos los niños del pueblo.
Algunos murmuradores
al Obispo le dijeron
que tenía doce hijos,
sin los demás encubiertos.
Vino el Obispo al lugar
a castigar tantos yerros,
y él le salió a recibir
disimulado y secreto.
Dijo el Obispo: ¡Traidor!
¿Cuántos hijos tenéis?, pienso.
Respondió, que he de tener,
si no me engaño y es cierto,
tantos como useñoría,

576 useñoría: usted

y aun sospecho que uno menos.
Llegaron con esto a casa
y al entrar en ella vieron
los doce niños, vestidos

de un leonado terciopelo

581 leonado: dorado

y con hachas en las manos.
Quedó el Obispo suspenso
mirando con atención
los muchachos, y mi abuelo
dijo: ¿Qué mira, señor?
¿Estos doce candeleros?
Pues y le juro que todos
dentro de casa se hicieron.
LISEO: ¿Acabaste?
LEÓN: No, señor,
que se me acuerda otro cuento
tan gracioso como estotro.
LISEO: Lo que has hablado no creo,
que habla más un papagayo.
LEÓN: Dábale mucho contento
tener las criadas mozas,
y habiendo por fuerza hecho
que tuviese una ama vieja
de a cincuenta años, fue puesto
en la mayor confusión
en que no se vio en su tiempo,
y para poder medir
con su gusto el mandamiento
tomó dos de a veinte y cinco,
que fue el más famoso cuento.
LISEO: Calla ya, por Dios.
LEÓN: ¿Te ofendes
de tan graciosos sucesos
y deso estás enfadoso?
¡Por Cristo, que no te entiendo!
LISEO: Divina Marcia, perdona
si en no ser leal te ofendo,
que a Fenisa voy a ver,
y aun a engañarla si puedo.
Si no te viere esta noche,
no te enojes, que el que pierdo
soy yo que pierdo tu vista.
Vamos, León.
LEÓN: Ya está hecho.
Vamos, y el cielo permita

que algún fregonil sujeto
haya en casa, porque yo
reciba algún pasatiempo.

Vanse y sale GERARDO

GERARDO: Goce su libertad el que ha tenido
voluntad y sentidos en cadena,
y el condenado en la amorosa pena
al dudoso favor que ha pretendido.
En dulces lazos pues leal ha sido,
de mil gustos de amor el alma llena,
el que tuvo su bien en tierra ajena
triunfe de ausencia sin temor de olvido.
Viva el amado sin favor, celoso, ……
y venza su desdén el despreciado;
logre sus esperanzas el que espera.
Con su dicha se alegre el venturoso
y con su amada el vencedor amado,
y el que busca imposibles, cual yo, muera.

Salen ANTONIO y FABIO, con sus instrumentos

FABIO: ¿Mandas, señor, que cantemos?
GERARDO: Fabio, Antonio, bien venidos
seáis.
ANTONIO: ……Cuidados perdidos
son los tuyos.
FABIO: ¿Qué diremos?
GERARDO: Mi pasión podéis cantar.
FABIO: Será muy triste canción
que en siete años de afición
no te acabes de cansar.
GERARDO: Cual Jacob querré otros siete
si he de gozar a Raquel.
ANTONIO: Aquí no hay suegro cruel
ni Lía que te sujete.
GERARDO: Unas endechas me di.
FABIO: ¿Endechas?
ANTONIO: ¿Endechas quieres?
Amante de endechas eres.
GERARDO: ¡Ay, Fabio! ¡Ay, Antonio! Sí,
cantad, pues, y no templéis;
basta mi tristeza fiera.

FABIO: ¡Bravo amor!
ANTONIO: ¡Brava quimera!
GERARDO: Ea, cantad si queréis.

Cantan y GERARDO se pasea

¿Por qué, divina Marcia,
de mis ojos te ausentas
y en tanto desconsuelo
triste sin ti me dejas?
Si leona no eres,
si no eres tigre fiera,
duélete, desdén mío,
de mis rabiosas penas.

A la ventana BELISA y MARCIA

BELISA: Llega, querida prima,
así tus años veas
logrados y empleados
en quien más te merezca.
Escucha cómo cantan.

Cantan

FABIO: ¡Ay, celoso tormento!
¡Ay, traidora sospecha!
Ya que me olvida Marcia,
¿por qué tú me atormentas?
BELISA: ¡Oh, prima de mis ojos!
Buena ocasión es ésta.
MARCIA: Calla, que me disgustas,
o diré que eres necia.

Cantan

FABIO: Amigo pensamiento
tras esta ingrata vuela,
dulce dueño que el alma
tanta pasión le cuesta.
GERARDO: En el balcón hay gente;
será mi Marcia bella.
Mas no soy tan dichoso
que tal favor merezca.
FABIO: ¡Ay, que a mi ingrata bella
más la endurecen mis rabiosas penas!

BELISA: Amada prima mía.
MARCIA: ¿Qué me vaya deseas?
BELISA: Pues en esto me hablas,
no te vayas; espera.

Vase

Sabe el cielo, Gerardo,
cuanto el veros me pesa,
en tan grande desdicha.
GERARDO: ¿Sois vos, Belisa bella?
¿Y mi Marcia divina?
BELISA: Aquí estaba, y roguéla
que tu pasión mirase,
mas cruel persevera.
Mas no es justo desmayes,
que aunque más me aborrezca
he de hacer vuestras partes;
tened, señora, paciencia.

Vase

GERARDO: ¡Ay, señora! Así vivas;
mi desdicha remedia.
Y vosotros, dejadme
solo con mis tristezas.
FABIO: ¡Triste mancebo! Antonio,
miedo tengo que muera.
ANTONIO: Dejémosle que a solas
pasa mejor sus penas.
¡Oh Dafne fugitiva
y aun más ingrata que ella,
pues huyes de tu amante
cuando amarle debieras,
plegue a Dios que el que amares
te deje cual me dejas,
pues a mí que te adoro
desdeñosa desprecias.

718 desdeñosa: altiva

De mi pasión se duelen
hasta las duras piedras,
y de ella enternecidas

721 enternecidas: llenas de amor

ablandan su dureza.

Mis lágrimas son tantas
que el reino que gobierna
el sagrado Neptuno

725 Neptuno: en la mitología clásica, el dios de los mares

no tiene más arenas;
dejad los hilos de oro
en que ensartáis las perlas
y ayudadme llorando,
del mar bellas sirenas.
Plegue a los cielos, Marcia,
pues mi pasión te alegra,
que ante tus fieros ojos
muerto a Gerardo veas.

Salen LAURA y FÉLIX, paje

FÉLIX: Dímelo, así Dios te guarde.
LAURA: ¿Qué te tengo de decir?
Que soy, Félix, desdichada,
que sin ventura nací.
FÉLIX: No es sin causa esta pasión;
fíate, Laura, de mí,
que si puedo remediarla
lo haré aunque entienda morir.
Mil días ha que te veo
desconsolada vivir.
LAURA: ¿Vivir? Si viviera, Félix,
no fuera malo.
FÉLIX: ¿Es así?
¿Qué tienes, señora mía?
Bien me lo puedes decir,
que contado el mal, se alivia.
LAURA: Es verdad; escucha.
FÉLIX: Di.
LAURA: Ya conoces a Liseo;
pues de aqueste, Félix, fui
requebrada y pretendida.
FÉLIX: ¿Eso no más?
LAURA: ¡Ay de mí!
Améle.
FÉLIX: ¿Pues que le ames
por eso pierdes?
LAURA: Perdí

en amarle, Félix mío,
más que piensas.
FÉLIX: Eso di.
LAURA: Dióme palabra de esposo
y con esto me rendí
a entregarle…
FÉLIX: No te pares.
LAURA: Dile…
FÉLIX: Prosigue.
LAURA: ¡Ay de mí!
Mi honra le entregué, Félix,
joya hermosa, y que nací
sólo obligada a guardarla,
y con esto me perdí
cuando pretendió mi amor.
Amante y tierno le vi
cuanto ahora desdeñoso,
pues no se acuerda de mí.
Dime, ¿qué será la causa?
Que si acaso viene aquí,
es cuando luego me dice:
Laura, yo voy a morir.
Si ve mis ojos llorosos
y el gusto para morir,
ni me pregunta la causa,
ni la consiente decir.
Cuando le escribo y me quejo
de ver que me trata así,
no responde; antes se enfada
de verme siempre escribir.
Si busco lugar de darle
el favor que ya le di,
regatea el recibirle
y él queda conmigo aquí.
Dormido anoche en mis brazos
con ansia empezó a decir:
"Marcia y Fenisa me adoran."
¡Oh, amor, y lo que sentí!
Y al fin, asiendo sus manos,
llorando, le estremecí,
diciendo: "Amado Liseo,
mira que estás junto a mí.

Si a Marcia y Fenisa quieres,
mira, ingrato, que por ti
a mí misma me aborrezco
desde el día que te vi."
Respondióme airado: "Laura,
ya no te puedo sufrir.
De todo tienes sospechas;
presto quieres ver mi fin."
Esta noche le aguardaba,
Félix; pues no viene aquí,
alguna dama le tiene,
más dichosa que yo fui.
Estos son, Félix, mis males;
aquesto me tiene así
atormentándome el alma
sin descansar ni dormir.
FÉLIX: Desa suerte, hermosa Laura,
muy bien te puedo decir:
Las tres de la noche han dado,
mi señora, y no dormís;
sentid, pues fuistes la causa,
el dolor que os da a sentir
aquel corazón de piedra
cruel, pues os trata así.
Llorad, bellísimos ojos.
LAURA: Mi Félix, harélo así
hasta que acabe la vida,
que presto será su fin,
pluguiera al cielo, Liseo,
dura piedra para mí,
que fuera el fin de mis días
el día que yo te vi.
¡Piadoso cielo, duélete de mí,
que amando, aborrecida muero al fin!

Llora

FÉLIX: Baste, mi señora, baste,
no quieras tratar así
aquesos bellos luceros,
que aunque yo muera por ti
en cuanto basten mis fuerzas
me tienes seguro aquí.

Suspende tu pena ahora;
acuéstate y fía de mí,
que yo sabré por qué causa
Liseo te trata así;
que la deuda que a tus padres
tengo desde que nací
fuera negarla si ahora
te desamparara a ti.

842 desamparara: dejara sin protección

Queda en buen hora, que el cielo
cansado ya de sufrir
te vengará deste ingrato,
que yo le voy a seguir.
LAURA: ¡Piadoso cielo, duélete de mí,
que amando, aborrecida muero al fin.

Vase FÉLIX

Que muera yo, Liseo, por tus ojos
y que gusten tus ojos de matarme;
que quiera con tus ojos alegrarme
y tus ojos me den cien mil enojos.
Que rinda yo a tus ojos por despojos

853 despojos: riquezas conquistadas

mis ojos, y ellos en lugar de amarme
pudiendo con sus rayos alumbrarme
las flores me convierten en abrojos.

856 abrojos: dolores

Que me maten tus ojos con desdenes,
con rigores, con celos, con tibieza,
cuando mis ojos por tus ojos mueren.
¡Ay! Dulce ingrato, que en los ojos tiene…
tan grande deslealtad, como belleza,
para unos ojos que a tus ojos quieren.

Vase LAURA; con que se da fin a la primera jornada

JORNADA SEGUNDA

Sale MARCIA, sola

MARCIA: Amar el día, aborrecer el día,
llamar la noche y despreciarla luego,
temer el fuego y acercarse el fuego,
tener a un tiempo pena y alegría.
Estar juntos valor y cobardía,
el desprecio cruel y el blando ruego,
temor valiente, entendimiento ciego,
atada la razón, libre osadía.
Buscar lugar donde aliviar los males
y no querer del mal hacer mudanza,
desear sin saber qué se desea.
Tener el gusto y el disgusto iguales
y todo el bien librado en esperanza,
si aquesto no es amor, no sé qué sea.

Sale BELISA

¿Búscasme, prima?
BELISA: Una dama
bizarra y de lindo talle
te quiere hablar. ¿Quieres dalle
licencia? Que es de la fama
y muestra su gallardía
ser hermosa.
MARCIA: Pues, ¿qué quiere?
BELISA: Marcia, hablarte.
MARCIA: Sea quien fuere,
dile que entre, prima mía.
¿Viene sola?
BELISA: Un escudero,
una silla, mucha seda,
buen brío, y tan cerca queda,
que con su presencia espero
sacarte de confusión.
Entrad, gallarda señora.

Sale LAURA con manto

MARCIA: No sale, prima, el aurora

con tan grande presunción.
¡Buen talle! Seáis bien venida.
LAURA: Y vos, señora. ¡Ay, amor!
Ya el ánimo y la color
tengo de verla, perdida.
MARCIA: Parece que se ha turbado,
Belisa, en sólo mirarme.
LAURA: Marcia hermosa, perdonadme,
que es vuestro talle extremado;
me ha turbado, y casi estoy
muerta de amores, en veros.
No hay más bien que conoceros;
dichosa en miraros soy.
MARCIA: Para serviros será,
que le haré, así Dios me guarde.
LAURA: ¿Qué tiemblo? ¿Qué estoy cobarde?
MARCIA: Confusa, Belisa, está.
Descubríos, que los ojos
me tienen enamorada.
LAURA: Sólo en el ser desgraciada
soy hermosa, y si en despojos
el alma, señora, os doy,
tomad el rostro también.
MARCIA: Hermosa sois.
LAURA: No hay más bien
que ver cuando viendo estoy
tal belleza. El cielo os dé
la ventura cual la cara;
si hombre fuera, yo empleara
en vuestra afición mi fe.
LAURA: Bésoos, señora, las manos.
MARCIA: Señora, pues me buscáis,
razón será que digáis
quién sois.
LAURA: Pues las tres estamos
solas, quien soy os diré
y a lo que vengo.
MARCIA: ¿Os llamáis?
LAURA: Laura.
BELISA: Con razón tomáis
tal nombre, pues ya estaré
segura que a Dafne veo

hoy en laurel convertida.
MARCIA: Laura bella, por mi vida
que no tengáis mi deseo.
LAURA: Mas confieso, Marcia bella,
¿es esta dama Fenisa?
MARCIA: No, Laura, porque es Belisa,
mi prima.
LAURA: Ya mi amor sella
con mis brazos su amistad.
BELISA: soy vuestra servidora,
y a fe que desde esta hora
cautiváis mi voluntad.
LAURA: Yo la acepto, y porque está
suspensa Marcia, os diré
a lo que vengo.
MARCIA: Estaré
atenta. ¡Ay Dios, qué será!
LAURA: Sabed, bellísimas primas,
cuyos años logre el cielo,
como nací en esta corte
y es noble mi nacimiento.
Mis padres, que el cielo gozan,
me faltaron a tal tiempo
que casi no conocí
a los que vida me dieron.
Quedé niña, sola y rica
con un noble caballero
que tuvo gusto en criarme
por ser de mi madre deudo.

956 deudo: pariente

Puso los ojos en mí
un generoso mancebo,
tan galán como alevoso,

959 alevoso: traidor

desleal y lisonjero;
como mi esposo alcanzó
los favores, con que pienso
que si tuve algún valor
sin honra y sin valor quedo.
Cuando entendí que mi amante
trataba de casamiento,
trató, Marcia, de emplearse

en otros cuidados nuevos.
Yo, sintiendo su tibieza
y mi desdicha sintiendo,
le hice seguir los pasos
para averiguar mis celos.
A pocos lances hallé
que éste mi tirano dueño,
Nerón cruel que a mi alma
puso como a Roma incendio.
¡Ay, Marcia, supe…!

Llora

MARCIA: Pues dilo
y deja ese sentimiento.
BELISA: Ya no sirve enternecerte.
Lágrimas viertes, ¿qué es esto?
LAURA: ¿No quieres, divina Marcia,
que tema el decir?
MARCIA: ¡Ay cielo!
BELISA: Laura, confusa me tienes.
Aquí no te conocemos
si es vergüenza.
LAURA: No es vergüenza
sino pensar que me pierdo.
Sólo digo…
MARCIA: Acaba, amiga.
LAURA: Supe, Marcia, que Liseo,
que éste es el traidor ingrato
que en tal ocasión me ha puesto,
te adora a ti. Ésta es
la causa por qué temiendo
estaba de declararme.
MARCIA: Laura, si tu sentimiento
es ése, puedo jurarte
que no le he dado a Liseo
favor que no pueda al punto
quitársele. Yo confieso
que le tengo voluntad;
mas, Laura hermosa, sabiendo
que te tiene obligación
desde aquí de amarle dejo,
en mi vida le veré.

¿Eso temes? Ten por cierto
que soy mujer principal
y que aqueste engaño siento.
LAURA: Espera amiga que hay más,
que es justo porque tomemos
venganza las dos, que sepas
que este cruel lisonjero
si a mí me desprecia, a ti
te engaña, pues sí por cierto
que ama a Fenisa tu amiga
que a ti te engaña cumpliendo
con traiciones, que Fenisa
es su gusto y pasatiempo.
Desde que sale en Oriente
el rubio señor de Delo

1018 señor de Delo: hombre de la isla de Delo; el dios Apolo: el sol

hasta que sale la luna,
está en su casa Liseo
embebecido, hechizado,
y de muy amante necio.
Bien sé, Marcia, que contigo
era sólo pasatiempo
lo que el ingrato trataba,
mas con Fenisa yo pienso
que pasa más que a servirla.
Marcia, dame tu consejo,
que si Liseo se casa
bien ves cuán perdida quedo.
¡Ay bella Marcia!
MARCIA: No llores,
que ya he pensado el remedio
tal que he de dar a Fenisa
lo que merece su intento.
Podrás quedarte conmigo.
LAURA: Sí, amiga, porque no quiero
vida, hacienda y gusto, honor
si a mi dueño ingrato pierdo;
mas para que con mi honra
pueda cumplir, Marcia, quiero
que digas que eres mi deuda
y que en ese monasterio
me has conocido, y Leonardo,

creyendo ser parentesco,
me dejará que contigo
viva, señora, algún tiempo.
MARCIA: Pues, Laura, quítate el manto,
sosiega y éntrate dentro,
que no quiero que te vea
que estás conmigo, Liseo,
y déjame el cargo a mí.
LAURA: Déjame besar el suelo
adonde pones las plantas.
MARCIA: Alza, amiga, que no quiero
que gastes tanta humildad,
que no es razón; mas pensemos
si Liseo te buscase
que has de decir a Liseo.
Yo le escribiré un papel
y en él le diré que quiero,
cansada de sus crueldades,
ser religiosa, y con esto
yo sé que su poco amor
dará lugar a mi enredo.
MARCIA: Bien haya tu discreción.
¿Qué dices, prima?
BELISA: Que pierdo
el juicio, imaginando
tal traición, y que si puedo
le he de quitar a don Juan
mi antiguo y querido dueño,
que también le persuadió
a que no me viese.
LAURA: ¡Ay cielo!
¿También tú estás agraviada?
MARCIA: Muy fácil está el remedio.
Procura, prima, que vuelva
a su posada, deseo
que fácil será de hacer
con persuasiones y ruegos.
Vamos, Laura ¡y tal maldad!
Así paga los extremos
de mi voluntad, Fenisa.
Mal haya quien en tal tiempo
tiene amigas.

BELISA: Don Juan viene;
vete, por Dios, que si puedo
he de intentar mi venganza.
MARCIA: Vamos, que sus pasos siento.
LAURA: puede llamarse este cuento.

Vanse MARCIA y LAURA, y queda BELISA sola

BELISA: Quien no sabe qué es celos no se alabe
que ha tenido dolor ni descontento,
porque basta un celoso pensamiento
para matar a quien sufrir no sabe.
¡Oh, yugo del amor dulce y suave!
Sólo por ti se tiene sufrimiento,
que celos es tirano tan violento
que atemoriza con su aspecto grave.
No sé, amor, cómo el verle no te espanta,
siendo como eres niño y temeroso,
antes le tienes por leal amigo.
Más es sirena que cantando encanta,
que para ti Cupido es amoroso
cuanto cruel y desleal conmigo.
Sea de esto testigo
la crueldad con que me das tormento,
fuego rabioso en que abrasarme siento.
Y si alguno pregunta
de qué son mis desvelos,
le pueden responder que tengo celos.

Sale don Juan

D. JUAN: ¿Será preguntar, locura,
a tu divina hermosura,
discretísima Belisa,
si está con Marcia Fenisa?
BELISA: Es tal tu desenvoltura
que no me espanto que a mí
llegues a mostrar que fuiste
quien…, con saber que por ti
vivo congojosa y triste
de lo que no merecí.
Que si yo fuera mujer
que a tu ingrato proceder
hubiera dado el castigo,

no tuvieras, enemigo,
tal libertad y poder.
Por Fenisa me preguntas,
tirano, y no miras juntas
mi ofensa y libertad;
no conoces tu maldad
y mi rigor no barruntas.

1128 barruntas: sospechas

Solicitaste mi amor
y cuando de su favor
eras, ingrato, admitido,
me trataste con olvido,
propio pago de traidor.
Mudo estás, tienes razón,
pero ya de tu traición
el cielo y tu infame prenda,
mi agravio y tu olvido venga.
D. JUAN: Escucha.
BELISA: ¿Por qué razón?
Si escuchándote perdí
la libertad que era en mí,
libre, exenta y no pechera,
pues ¿por qué quieres que muera
tornándote a escuchar, di?
Déjame, no me detengas,
que aunque no quieres me vengas
tú mismo traidor, de ti.
D. JUAN: ¿Pues cómo, señora, así
me tratas?
BELISA: Ya tus arengas
para mí son invenciones.
D. JUAN: ¡Oh amor, qué ocasión me pones!
¡Que por mi culpa perdiese
tu gracia!
BELISA: ¡Si yo te viese
tan cercado de pasiones,
enemigo, como estoy!
Mas ¿por qué tan necia soy
que pudiendo yo vengarme,
dejo que torne a engañarme
tu maldad?
D. JUAN: Si yo te doy

enojos, Belisa mía,
mátame.
BELISA: Yo, bien querría.
D. JUAN: Con tus ojos, pues que soy
su esclavo.
BELISA: ¡Qué hechicería!
Calla, alevoso perjuro,
y no irrites mi venganza,
sino mira tu mudanza
y que con razón procuro
tu muerte.
D. JUAN: ¡Qué hermosa estás!
Parece que con enojos
hacen más tus bellos ojos
con que la muerte me das
llevando el alma en despojos.
Mira que muero por ti.
BELISA: ¿Eso me dices así,
cuando adoras a Fenisa,
por quien mi gusto perdí,
y enamoras a Belisa?
Véngueme el cielo de ti;
mas ella te habrá encerrado,
pues mientras tú descuidado
otro sus umbrales pisa
y engaña con falsa risa
a quien a mí me ha engañado.
D. JUAN: No sé qué tienen tus ojos
que en esas hermosas niñas
parece que miro el alba
cuando hermosa, crespa y linda
por los balcones de Oriente
nos muestra su hermosa risa.
Fenisa tiene la culpa,
mas si me agravia Fenisa,
vengada quedas, señora,
yo, ofendido como pintas.
Mas dime, ¿quién es el hombre,
sólo para que le diga
que solos tus ojos bellos
son los que don Juan estima?
BELISA: Basta, don Juan, que me tienes

por necia, pues que a mí misma
me preguntas esas cosas
y en que las diga porfías.
Hante picado los celos
y quieres por causa mía
vengarte del que te ofende.
Harto donaire sería;
no tienes que preguntarme
ni presumas que me obligas
con tus engaños, pues bastan
tus falsas hechicerías.
Vete con Dios, que me cansas,
que rosas y perlas finas
para Fenisa las guarda
a quien con gusto te inclinas.
D. JUAN: ¿Por qué te vas desa suerte?
¡Aguarda, señora mía,
fénix, cielo, primavera,
cuando Abril sus campos pisa!
Accidente fue el querer
a esa mujer; mi desdicha
me obligó a tales locuras,
mas ya el alma arrepentida,
a ti, que es su centro, vuelve.
BELISA: Tente, don Juan, no prosigas,
que parece que es verdad
tus palabras, y es mentira,
y podrá ser que me venzas,
que la mujer más altiva
rendirá fuertes de honor
si acaso escucha caricia.
Goza tu prenda, que es justo,
que ella misma te castiga,
pues te paga con engaños
la verdad con que la estimas.
D. JUAN: Si a Fenisa no aborrezco,
aquí se acabe mi vida,
aquí me destruya un rayo,
aquí el cielo me persiga,
aquí me mate mi amigo,
y con esta espada misma,
y aquí me desprecies tú,

y aquí me quiera Fenisa.
Dame de amiga la mano,
rosa hermosa, clavellina,
y te la daré de esposo
a tus plantas, de rodillas.
BELISA: ¿Cómo te podrá creer
quien teme que tu malicia,
como primero, me engaña?
D. JUAN: No digas eso, Belisa.
BELISA: ¡Ay, mi don Juan, que en mirarte
casi me tienes rendida!
D. JUAN: Amor te doy por fiador
y a tu hermosura divina.
BELISA: ¿Qué me dices, pensamiento?
¿Qué pides, afición mía?
¿Qué me dices, voluntad,
que parece que te inclinas,
porque al fin todas las cosas
vuelven a lo que solían?
Los ojos se van tras ti,
la boca a decir se inclina,
mi don Juan, que yo soy tuya
mientras yo tuviere vida.
D. JUAN: Por este favor te beso
las manos, prenda querida.
Vamos, mi señora, adentro,
que quiero ver a tu prima.
BELISA: Vamos, que ya estoy vengada.
D. JUAN: ¿Contenta estás?
BELISA: Así vivas
los años que yo deseo,
como temo tus mentiras
Mas porque Fenisa pierda
la gloria que en ti tenía,
vuelvo de nuevo a engolfarme.
D. JUAN: No más engaños, Fenisa.

Vanse, y salen LISEO y LEÓN

LEÓN: Cansada Laura ya de tus tibiezas,
quiere escoger tan recoleta vida,
aborreciendo el mundo y sus grandezas.
LISEO: Es Marcia de mi amor prenda querida

y Fenisa adorada en tal manera,
que está mi voluntad loca y perdida.
Laura ya no es mujer, es una fiera;
Marcia es un ángel, mi Fenisa diosa;
éstas vivan, León, y Laura muera.
Marcia está a mis requiebros amorosa;
Fenisa a mi afición está rendida.
Marcia será, León, mi amada esposa.
LEÓN: ¡Bueno eres para turco! ¡Linda vida
si con media docena te casaras!
LISEO: Marcia en eso será la preferida;
tiene hermosura y perfecciones raras:
su hacienda, su nobleza, su hermosura,
su raro entendimiento.
LEÓN: Y no reparas
ya, señor, que de Laura no te acuerdas?
¿Cómo Fenisa tiene tal locura,
que piensa ser tu esposa?
LISEO: No me pierdas
el respeto, borracho, y me des ira!
¡Lindo, por Dios, qué bien templadas cuerdas!
León, si yo a Fenisa galanteo,
es con engaños, burlas y mentiras,
no más de por cumplir con mi deseo,
a sola Marcia mi nobleza aspira;
ella ha de ser mi esposa, que Fenisa
es burla.
LEÓN: Acaba, y ese papel mira.
LISEO: ¿Qué he de verle, León, si en él me avisa
las cansadas quimeras con que suele?
LEÓN: Tu condición, por Dios, me mueve a risa.
¡Que te tenga apetito desa suerte!
LISEO: Papel, ¡sólo en mirarte me das muerte!
(Lee.) Cansada de sufrir tus sinrazones y viendo que ya en ellas no habrá enmienda, estoy dete
LEÓN: Laura escoge lo mejor.
¡Vive el cielo, que en el alma
siento, señor, sus desdichas
nacidas de tu mudanza.
LISEO: Pues yo, León, olvidado,
por su condición pesada,
de la obligación que tengo,
sus penas estimo en nada.

Viva mi amada Fenisa,
estime mis penas Marcia
y haga de sí lo que dice
la ya aborrecida Laura.
No haya miedo que la estorbe
elección tan justa y santa,
que fuera delito feo;
hoy para conmigo acaba,
y así este papel y ella
quedarán por esta causa
borrados de mi memoria,
como escritos en el agua.

Rompe

LEÓN: ¡Tente, señor, por tu vida!
LISEO: ¡Majadero, allá te aparta!
LEÓN: ¡Pues por esta niñería
me das aquesta puñada!
¿No digo yo que tus manos
son dadivosas y francas
para puñadas y coces?

Sale FENISA

FENISA: ¿Es acaso de la dama?
Si será ¡tanta crueldad!
¡Así sus favores rasgas!
Coge León, los pedazos.
LEÓN: Sólo aquesto me faltaba
de la ración. ¿Es por Dios
la cuenta, barba borrasca?
Alterado sale el mar,
tormenta nos amenaza.
FENISA: Fino alcahuete sois vos.
LEÓN: ¿En qué te ofenden mis barbas
que así a mesarlas te atreves?
¿He de pagar yo tu rabia?
Malhaya el lacayo, amén,

1349 malhaya: maldito sea

cuando en tal oficio anda,
para escusar estas fiestas,
como fraile no se rapa.

1352 raparse: afeitarse

FENISA: ¡Cuánto diera vuesarced
porque al salir se cegaran
mis ojos y no le vieran!
LISEO: Basta, mi Fenisa, basta.
No te enojes, que por ti,
por tu hermosura y tus gracias,
hoy papel y dueño mueren.
FENISA: ¡Aparta, cruel, aparta!
Parida leona soy
cuando sus hijos le faltan;
pues es Marcia la que estimas,
déjame, y vete con Marcia.
LISEO: ¡Ah Circe!; ¡ah fiera Medea!
Más que Anajareta ingrata,
deja a Marcia, no la culpes,
pues que no ha sido la causa.
Coge, ingrata, los pedazos
y en ellos verás que Laura,
mujer que no la merezco
ni con ninguna se iguala,
cansada de mis tibiezas
y de mi rigor cansada,
me dice que a Dios escoge
y de mi rigor se aparta
y a servirle en un convento
del mundo engañoso escapa,
valiéndose en tal sagrado
del rigor con que la tratas;
que tú eres la causa desto
y de que yo mi palabra
quiebre a Dios, a Laura, al mundo.
LEÓN: ¡Pobre León! Y cual andas
mojicón y remezones
sin respetar a mi cara.
Eso sí, escupamos muelas.
Déte Dios tan buenas pascuas
como regalos me das
servida aquesta tarasca,

1390 tarasca: monstruo devastador; mujer fea y peligrosa

guardando la calle al tonto
a quien la fingida engaña.
FENISA: ¿Que habláis, pícaro, entre dientes?

Amiga soy yo de gracias.
LEÓN: Mejor dijera entre muelas,
pues ya me has quitado tantas.
Una, dos, ¡por Jesucristo!,
que ya cincuenta me faltan.
Mete los dedos, verás
que está la boca sin nada.
FENISA: Llegad, pues, a fe que os rompa
las muelas y las quijadas.
LEÓN: ¡Ah, triste de ti, León!
Desde hoy comeremos gachas,
señores. ¿Saben si acaso,
pues hay quien encubra calvas,
habrá quien adobe muelas?

1407 adobar: reparar

LISEO: ¿Qué es esto, Fenisa amada,
no merezco que me creas?
LEÓN: ¡Ay, muelas de mis entrañas!
¡Ay, quijadas de mis ojos!
LISEO: ¿Qué es esto, mi bien, no hablas,
no basta lo que he jurado?
Acaba, no seas pesada.
FENISA: Por fuerza habré de creer.
LEÓN: No hayas miedo que se vaya,
que es doctor que dice no
y luego la mano alarga.
FENISA: Véncenme al fin tus porfías.
LEÓN: ¡Gracias a Dios!
LISEO: No te cansas
de matarme, pues tus ojos
con su belleza me matan.
LEÓN: Pluguiera a Dios te murieras
y que el diablo te llevara.
Ved aquí, ya están en paz,
y yo cual niño que mama.
Así medran los terceros,
de esta suerte me regalan;
mal haya, amén, el oficio.
FENISA: ¡Qué tibiamente me abrazas!
¿Estás también enojado?
LISEO: ¡Ah, sirena, cómo encantas!
LEÓN: Pues a fe que yo no llegue,

que eres de mano pesada.
Liseo.
Tiénesme muy ofendido,
y así en tus brazos desmaya
el amor; mas estoy loco.
LEÓN: Mal haya quien no te ata.
FENISA: ¿Somos amigos?
LISEO: ¿Pues no?
FENISA: ¿Y Marcia?
LISEO: Deja ahora a Marcia.
FENISA: ¿Y a Laura?
LISEO: Por Dios, señora,
si la nombras que me vaya.
LEÓN: ¿Hay borrachera como ésta?
Entre muelas derribadas
retozando está la risa.

1445 retozando: subiendo, saltando, jugando

¡Qué de ternezas que gastas!
FENISA: Esta noche voy al prado,
allá Liseo me aguarda.
LISEO: ¿Donde?
FENISA: A la huerta del Duque
me hallarás, mi bien, sentada.
LISEO: En Santa Cruz hay gran fiesta.
FENISA: Pues veréla de pasada.
Vete, porque la merienda
a prevenirla me llama.
LISEO: Adiós, dulce dueño mío.
FENISA: Adiós, señor de mi alma.
LEÓN: Adiós, diablo arañador
y engarrafadora gata.
Cata la cruz, guarda afuera,

1459 cata: mira

no vuelvo más a esta casa
aunque mirando a la cea
zura mala, en piedra caigas.

Vanse LISEO y LEÓN

FENISA: Gallarda condición, Cupido, tengo,
muchos amantes en mi alma caben,
mi nuevo amartelar todos alaben
guardando la opinión que yo mantengo.

Hombres, así vuestros engaños vengo;
guardémonos de necias que no saben,
aunque más su firmeza menoscaben,

1469 menoscaben: estropeen, dañen

entretenerse como me entretengo.
Si un amante se ausenta, enoja o muere,
no ha de quedar la voluntad baldía,

1472 baldía: sin efecto, en vano

porque es la ociosidad muy civil cosa.
Mal haya la que sólo un hombre quiere,
que tener uno solo es cobardía;
naturaleza es vana y es hermosa.

Sale LUCÍA, criada

LUCÍA: Gerardo está allá fuera y quiere hablarte,
y Lauro ha más de una hora que te aguarda.
FENISA: Sean muy bien venidos. Di, Lucía,
que entre Gerardo y me aguarde Lauro.
LUCÍA: ¿Tanto estimas la vista de los hombres?
FENISA: Sólo porque me aguardan. ¿No te digo,
Lucía, lo que estimo su presencia?
Anda no aguarden, di a Gerardo que entre.
LUCÍA: Notable condición, señora, tienes;
¿mas no te he dicho cómo cuando estabas
hablando con Liseo, vino Celia,
la criada de Marcia?
FENISA: Y bien, ¿qué dijo?
LUCÍA: Saber la causa por qué estás extraña
en visitarla.
FENISA: No me espanto deso;
bien parece, Lucía, que la ofendo,
pues nunca he vuelto a verla desde el día
que le quité a Liseo.
LUCÍA: Mal has hecho;
mucho disimularas si la vieras.
FENISA: ¿No tengo cara para ver su cara?
Demás de esto, Liseo me ha mandado
que cuanto pueda su visita excuse.
¿Qué le dijiste a Celia?
LUCÍA: Que dormías
la siesta y que más tarde te vería.
FENISA: Dijiste bien; pues ¿cómo no ha venido

don Juan desde anteanoche?

LUCÍA: Si está malo.

FENISA: ¡Bien puede ser, irás a visitarle,
mas no esta noche, bastará mañana,
que me quiero ir al Prado aquesta noche.
LUCÍA: Sea como mandares. Bravamente
entretienes tu gusto.

FENISA: Es linda cosa;
los amantes, Lucía, han de ser muchos.
LUCÍA: Así decía mi agüela, que Dios haya,
que habían de ser en número infinitos,
tantos como los ajos que poniendo
muchos en un mortero reunidos
salte aquel que saltare, que otros quedan,
que si se va o se muere nunca falte.
FENISA: Brava comparación. Llama a Gerardo,
que si puedo he de hacerle mi cofrade,
sin que Lauro se escape de lo mismo.
¿En qué parara, amor, tan loco embuste?

1517 embuste: mentira grande

Diez amantes me adoran, y yo a todos
los adoro, los quiero, los estimo,
y todos juntos en mi alma caben
aunque Liseo como rey reside.
Estos llamen desde hoy, quien los supiere
los mandamientos de la gran Fenisa,
tan bien guardados que en ninguno peca,
pues a todos los amas y los adora.
LUCÍA: Entrad, que aquí os aguarda mi señora.

Entra GERARDO

GERARDO: Alma de aquella alma ingrata
que en penas mi alma tiene,
a ti me vengo a quejar,
si de mi dolor te dueles;
a ti, estrella de aquel sol,
a ti, pues su amiga eres,
pido que a mi Marcia ingrata
mi fiero dolor le cuentes;
a ti, Fenisa, que miras
contino su rostro alegre,

1536 contino: continuo

porque a mí no quiere oírme,
a ti, que tanto te quiere,
te escuchará más piadosa.
FENISA: Enternecida me tienes.
Conoces que Marcia ingrata
disgusto recibe en verte
y que en otro gusto ha puesto
el gusto que a ti te debe;
sabes que a Liseo adora
y con él casarse quiere,
Y tu pasas a su causa
esa pasión que encareces.
Mil veces, Gerardo, he dicho,
y tú escucharme no quieres,
que padezco por tu causa
lo que por Marcia padeces,
y por esos ojos juro
adorarte si me quieres,
regalarte si me estimas.
Mirar por tu gusto siempre;
que decirle yo a esa ingrata
que tu cuidado remedie,
es pedir al sol tinieblas,
luz a las tinieblas fuertes.
Yo te quiero, señor mío.
¿Por qué, mi bien, no pretendes
olvidarla, y de mi amor
recibir lo que te ofrece?
Sea, mi Gerardo, yo
el templo santo a do cuelgues
la cadena con que escapas
de prisiones tan crueles.
¡Acaba, dame esos brazos!
GERARDO: ¡Calla, lengua de serpiente!
¡Calla, amiga destos tiempos!
¡Calla, desleal, y advierte
que he de adorar a aquel ángel!
Jamás mi fe se arrepiente
de un ángel, de un serafín.
¿Con aquesa lengua aleve
osas hablar, y yo escucho
tal sin cortarla mil veces?

Por ser mujer Marcia bella
y deber a las mujeres,
sólo por ellas respeto,
será mejor que te deje.
FENISA: ¡Gerardo, Gerardo, escucha!
¡Óyeme, señor, y vuelve,
que con aquesas injurias
amartelada me tienes!
LUCÍA: Señora, ¿por qué haces esto,
y sin mirar lo que pierdes?
FENISA: Tienes razón. ¡Ay, Lucía,
enredo notable es éste!
¡Traición en tanta amistad!
Mas, discurso sabio, ¡tente,
que no hay gloria como andar
engañando pisaverdes!
LUCÍA: Mira que Laura te aguarda.
FÉLIX: Vamos.
LUCÍA: Temeraria eres.
FENISA: Calla, que en esto he de ser
extremo de las mujeres.

Vanse, y salen MARCIA, BELISA y LAURA

MARCIA: ¡Bravos sucesos, prima, por mi vida!
BELISA: Y tales, que parecen que las fábulas
del fabuloso Esopo se han venido;
Liseo, que mis partes pretendía
en la mar de Fenicia sumergido,
debiendo a Laura su nobleza y honra.
Déjalo estar, que si mi poder basta…
LAURA: ¡Ay, Marcia! ¡Ay, mi señora, mi mal mira!
MARCIA: ¡Calla, amiga, no llores! ¡Calla, amiga,
no has de quedar perdida si yo puedo.
BELISA: De don Juan, a lo menos, tú no dudes,
que si quiero casarme aquesta noche
ajustara su gusto con el mío.
MARCIA: ¿Ya tan grato le tienes?
FÉLIX: Bueno es eso.
BELISA: Dice que ya me adora y que reniega
del tiempo que Fenisa y sus engaños
le tuvieron tan ciego.
MARCIA: Al fin te quiere..

BELISA: Me adora, me requiebra y pide humilde
la perdone el delito cometido
contra el amor que a mi firmeza debe.
LAURA: Dichosa tú que tal ventura alcanzas.
FÉLIX: Yo espero que has de ser también dichosa. .
MARCIA: Mucho gusto me has dado; así yo viera,
pues don Juan te merece que le quieras,
para que cuando Laura con Liseo
se casen, tu y don Juan hagáis lo mismo.
LAURA: Basta, que piensa mi cruel Liseo
que eres tú, bella Marica, la que hablas
cada noche en la reja.
MARCIA: Yo te juro
que él caiga de tal suerte, si yo puedo,
que en lazo estrecho de Liseo goces.
Ya te digo, Belisa, a don Juan ama.
BELISA: Prima, don Juan fue siempre de mi gusto,
y así es fuerza que siga tras mi estrella.
MARCIA: ¿Sabes, prima, que siento y que me tiene
cuidadosa de ver que no parece
el discreto Gerardo, que te juro
que me siento en extremo descontenta?
Porque viendo, Belisa, los engaños
de los hombres de ahora, y conociendo
que ha siete años que este mozo noble
me quiera sin que fuerza de desdenes
hayan quitado su afición tan firme,
ya como amor su lance había hecho
en mi alma en Liseo transformada,
conociendo su engaño, en lugar suyo
aposento a Gerardo, y así tiene
el lugar que merece acá en mi idea.
BELISA: ¡Oh, prima mía! ¡Oh, mi señora! Dadme
en nombre de Gerardo los pies tuyos.
LAURA: El parabién te doy, divina Marcia.
MARCIA: Alza del suelo, mi querida prima,
y cree que Gerardo está en mi alma.
Toma a tu cargo el que te busque y dile
que ya el amor, doliéndole su pena,
quiere darle el laurel de su victoria,
y que el laurel es Marcia. Vamos, Laura.
LAURA: Vamos, señora mía, y quiera el cielo

que goces de Gerardo muchos años.
MARCIA: Esos vivas, amiga, con Liseo.

Vanse

BELISA: Dichoso dueño de tu nuevo empleo,
gracias, amor, a tus aras,
a tu templo, a tu grandeza,
a tu divina hermosura,
a tus doradas saetas,
pues ya Marcia de Gerardo
estima las nobles prendas.
¿Hay tal bien? ¿Hay tal ventura?

Sale don Juan

D. JUAN: Mi bien, mi ventura sea
ver, mi Belisa, tus ojos
en cuyas niñas risueñas
vengo a gozar de mi gloria.
BELISA: Don Juan, bien venido seas.
¿Cómo estás?
D. JUAN: Como tu esclavo.
BELISA: ¿Y cómo estoy?
D. JUAN: Como reina
de mi alma y de mi vida
y de todas mis potencias.
BELISA: Y Fenisa, mi señora,
¿no me dirás cómo queda?
D. JUAN: Sí, amores, que a tu pregunta
es muy justo dar respuesta.
Habrá, mi Belisa, una hora
que estando en mi casa, llega
Lucía que de Fenisa
sabes que es fiel mensajera,
a decirme que en el Prado
en medio de su alameda
su señora me aguardaba,
que allí me llegase a verla;
yo fui, no por ofenderte,
sino sólo porque seas
de todo punto mi dueño,
que aun faltaba esta fineza.
Apenas vi las murallas

de la celebrada huerta
que hizo a la real Margarita
el noble duque de Lerma,
cuando vide, mi Belisa,
con Fenisa, esa Medea,
a Lauro, aquese mancebo
que con Liseo pasea.
Como ya el señor de Delfos

1700 el señor de Delfos: Apolo, es decir, el sol

daba fin a su carrera
y la luna sale tarde,
pude llegarme bien cerca.
Oíles dos mil amores
y de sus palabras tiernas
conocí amor en el uno
y en la otra falsas tretas.

1707 tretas: engaños

Quise llegar; no son celos,
mi Belisa, sino tenia

1709 tenia: gusano parásito del intestino, aunque parece poco convincente como definición aquí; ni Covarrubias ni el Diccionario de autoridades incluye una referencia a este término

mas estorbólo Liseo
que venía en busca de ella
y con él venía León
y sacando la merienda
merendaron, viendo yo
hacerse dos mil finezas.
Ellos eran tres, yo solo,
y así estar quedo fue fuerza
si bien el color andaba

1718 color: emoción

riñendo con la paciencia.
Como digo, merendaron
y poco a poco dan vuelta
ellos en su compañía,
yo en su retaguardia della.

1723 en su retaguardia: detrás

Antes que a casa llegasen,
veinte pasos de su puerta
los despidió, que su madre
siempre por coco la enseña.

1727 coco: ser fantástico que asusta a los niños

Así a la calva el copete

1728 a la calva el copete: habiéndome quitado el sombrero

y fingiéndole ternezas
llegué diciendo, Fenisa,
vengas muy enhorabuena.
Fuéme a decir mi don Juan.
Yo entonces la mano puesta
en la daga, quise darle.
BELISA: Alma y corazón me tiembla.
¿Dístela?
D. JUAN: Túvome el brazo
conocer que era mi prenda
y que te han de dar la culpa
sin que tú la culpa tengas.
BELISA: Bien hiciste, que es crueldad;
y a las mujeres de prendas
les basta para castigo
no hacer, don Juan, caso de ellas.
Dejé sangrientas venganzas
y para mayor afrenta
con la mano, de su cara
saqué por fuerza vergüenza,
diciendo: así se castigan
a las mujeres que intentan
desatinos semejantes
y que a los hombres enredan.
Y siguiendo tras Liseo
le hallé y metí en una iglesia
y le conté este suceso
con razones bien resueltas.
Esto ha pasado, señora,
y pues ya Fenisa queda
como merece pagada,
seré tuyo hasta que muera.
BELISA: ¿Es posible que esto has hecho?
Es mujer al fin; me pesa.
Que no hiciera estas locuras
mi Don Juan, si se entendiera.
Don Juan, ninguna mujer,
si se tiene por discreta,
pone en opinión su honor
siendo joya que se quiebra.
D. JUAN: Pues si lo fuera Fenisa
esos engaños no hiciera,

pues al fin pone su fama
en notables contingencias.
Nunca me quiso creer,
siempre dije que no es buena
la fama con opiniones;
a su condición paciencia.
BELISA: Ya es hecho y por los deseos
con que por vengarme fuerzas
el amor que la tuviste,
darte mil mundos quisiera;
mas pues soy pequeño mundo
corona dél tu cabeza,
que con darte aquesta mano
soy tuya.
D. JUAN: Gloria como ésta
sólo con Marcia es razón
que se goce.
BELISA: Y será prueba
del oro de tu afición
de mi prima la presencia,
y contarásle ese cuento
que con donaire le cuentas.
D. JUAN: Tú me prestas de los tuyos;
vamos, Belisa.
BELISA: Quisiera
que buscaras a Gerardo
porque mi prima desea
tratar con él ciertas cosas
de importancia.
D. JUAN: Mi bien, entra
y diráse por los dos
lo de César darlo a César.

Vanse, con que se da fin a la segunda jornada

Sale LAURA sola

LAURA: ¿Qué pecado he cometido
para tan gran penitencia?
¿Por qué acabas mi paciencia,
celos, verdugo atrevido?

1801 verdugo: azote

Dime, ¿qué es esto, Cupido,
qué gente metiste en casa
que en fiera llama me abrasa?

1804 fiera: salvaje; abrasa: quema

Bástame, amor, la tuya;
no sé qué diga ni arguya

1806 arguya: discuta

de tu condición escasa.

1807 escasa: insuficiente

Recibíte en mi posada

1808 posada: mesón, casa de huéspedes

por verte niño y desnudo;
ya mi libertad la mudo
con ser de mí tan amada.
Dite la casa colgada

1812 Dite: Te di

de muy rica colgadura,
dite cama de ternura
y colchones de afición
y mandéle a la ocasión
que de ti tuviese cura.
Ha dos días que aquí entraste,
sin mirar que huésped eras
y de mi afición las veras.
Con ausencia te casaste,
toda la casa ocupaste
con sus penas y tormentos
que son de ausencia allegados,

1824 allegados: acercados

hijos, parientes, criados
que jamás están contentos.
¡Celos! ¿Qué tienes conmigo?
¿Por qué me tratas tan mal?
Bástete verme mortal,

déjame, fiero enemigo.
¿Qué rigor es, qué castigo
es este en que estoy metida?
¿Para qué contra mí espadas
en tu rigor afiladas,
con que me quitas la vida?

Sale FÉLIX

FÉLIX: ¿No sabes lo que pasa?
LAURA: ¡Ay, Félix mío!
El corazón y el alma me has turbado,
que en tu cara te veo que las nuevas
que me vienes a dar no son de gusto.
FÉLIX: Se ha casado con Fenisa.
LAURA: ¡Ay de mí desdichada! ¡Ay de mí triste!
Esta sopecha misma es la que siempre
me atormentaba el alma.
FÉLIX: Desmayóse.
¡Ah, Laura! ¡Ah, mi señora! Celia, Claudia,
llamad a Marcia presto, que se muere
la desdichada Laura.

Sale BELISA

BELISA: ¿Qué es esto, Félix? Laura, Laura mía.
LAURA: ¡Ay, Belisa!
BELISA: ¿Qué tienes?
LAURA: Muerte, rabia,
cuidados, ansias y tormentos, celos,
cuyo dolor por sólo que se acabe
será pasarme el pecho el más piadoso
remedio. ¡Ay, mi Belisa! ¡Ay, que se acaba
la mal lograda vida que poseo!
BELISA: ¿Qué tiene Laura, Félix?
FÉLIX: ¿Ya no dice
que tiene celos, cuyo mal rabioso
causa esas bascas, como al fin veneno?
BELISA: ¿Celos? Acaba, dímelo.
FÉLIX: Ha sabido
que Fenisa y Liseo anoche fueron
a tomarse las manos a la audiencia
del vicario.
BELISA: ¡Jesús, y qué mentira!

Eso no puede ser. ¿No sabes, Laura,
lo que pasó a Fenisa con Liseo
y don Juan? No lo creas. Calla, amiga.
LAURA: ¡Ay, Belisa del alma! ¡Ay, que me acabo!
BELISA: No llores, no maltrates esos ojos,
guárdalos para ver a tu Liseo
en tus brazos, pues ha de ser tu esposo.

Sale GERARDO

GERARDO: ¿Está mi Marcia aquí?
BELISA: Señor Gerardo,
seáis muy bien venido. Vamos, Laura,
y llamaré a mi prima.
LAURA: ¡Ay, santos cielos,
qué rabioso mal es el de celos!

Vanse LAURA y BELISA, y sale MARCIA

GERARDO: Dueña del alma mía,
a darme gloria bien venida seas;
de mi gusto alegría,

1874 hermoseas: embelleces

prenda del corazón que ya hermoseas,
hermosísimos ojos
más bellos que los rayos del sol rojos,
goce yo de tus brazos
ceñir mi cuello tan dichosos lazos.

1879 ceñir: apretar

MARCIA: Dulce Gerardo amado,
del alma gusto y de mi gusto empleo,
pues tan dichosa he estado
gozo teniendo en ti todo el deseo.
Con mis brazos recibo
el cuerpo amado en quien por alma vivo,
y tan eternos sean
como las almas de los dos desean.
GERARDO: Este bien que poseo
teme perderle mi contraria suerte,
y así, mi bien, deseo
que estando como estoy venga la muerte,
pues muriera dichoso
entre mis brazos este cuerpo hermoso.
¡Ay, divina señora!

Tus pasados rigores temo agora.
MARCIA: Si por haberte sido
en los tiempos pasados rigurosa,
te temes de mi olvido,
no señor, ya mi bien es otra cosa.
Ya conozco que gano
en darte como esposa aquesta mano;
no temas más enojos.
GERARDO: Alza a mirarme aquesos dulces ojos;
haga eterno los cielos,
esposa amada, este dichoso lazo,
no le adelgace celos
ni le rompa el mortal y duro plazo.
MARCIA: Yo la que gano he sido.
GERARDO: Yo, mi bien, en ser de ti querido.
MARCIA: Venturosos amores.
GERARDO: Yo lo soy en gozar estos favores.
Si mil almas tuviera,
todas, dulce señora, en ti empleara;
si Rey del mundo fuera,
el cetro y la corona te entregara;
si fuera justa cosa,
mi diosa fuera mi querida esposa.
Quisiera ser Homero

1918 Homero: gran poeta épico de la Grecia antigua, autor de la Odisea y la Ilíada

para cantar que por amarte muero.
MARCIA: Para sólo mirarte,
quisiera de Argos los volantes ojos.
GERARDO: Yo para regalarte
y darte de riqueza mil despojos,
ya que tal bien poseo,
que el oro fuera igual a mi deseo.
MARCIA: Pues yo ser sol quisiera
para darte los rayos de mi esfera;
de todo ser señora,
para hacerte de todo rico dueño;
por recrearte, aurora.

1930 aurora: el amanecer

GERARDO: Yo para darte gusto mi fe empeño,
dulce amor, que quisiera
ser la fértil y hermosa primavera,
tierra para tenerte,

y cielo, para siempre poseerte.

Sale Fé1ix

FÉLIX: A llamarte me envía,
divina Laura, Marcia mi señora,
porque hablarte quería,
que de venir Liseo es ya la hora.
MARCIA: Vamos, Gerardo amado,
remediemos a Laura su cuidado.
FÉLIX: Fortuna, estate queda
y no des vuelta a tu inconstante rueda.

Vanse, y sale LISEO

LISEO: Vengativo eres, amor,
no hay quien contra ti se atreva,
desdichado del que prueba
de tu venganza y furor.
Dejé a Laura que me amaba,
traté a Marcia con engaño
y todo sale en mi daño,
pues ya mi fingir se acaba,
pues Fenisa, más ingrata
que Medusa y más cruel,
aprieta tanto el cordel
con tal rigor me mata.
¡Oh, Laura! Tus maldiciones
me alcancen, pues sin razón
traté tan mal tu afición,
olvidando obligaciones.
¡Ay, Fenisa fementida,

1960 fementida: falsa

mas taimada y embustera!

1961 taimada: astuta; embustera: mentirosa

¡Oh, si Marcia lo supiera,
te castigara, atrevida!
¡Con qué gusto me engañaba!
¿Hay más extraño fingir?
Casi me mueve a reír
ver el engaño en que estaba.
Si Laura no hubiera dado
santo fin a su afición,
cumpliera mi obligación

a su firmeza obligado.
Ya, pues Laura se acabó,
será Marcia mi mujer,
cuyo entendimiento y ser
con extremo me agradó;
el reloj da; doce son.
En cuidado me ha metido
viendo cómo no ha salido
a esta hora a su balcón;
mas, ¿si sabe alguna cosa?
Que ya me ha dicho Fenisa
que don Juan ama a Belisa,
de mi Marcia prima hermosa;
mas ya veo en el balcón
que mi sol hermoso sale.
Alma, adelántate y dale
nuevamente el corazón.

Salen a la ventana MARCIA y LAURA, y MARCIA finge ser BELISA

MARCIA: Ten ánimo, prima amada,
deja esos cansados celos,
que antes de mucho los cielos
te harán de todo vengada.
LAURA: ¡Ay, Marcia!
MARCIA: Jesús, ¿qué dices?
LAURA: Belisa me has de llamar;
estoy tan triste que hablar
no puedo.
MARCIA: Mucho desdices
de quien eres. ¿Qué es aquesto?
LISEO: Marcia mía, ¿cómo estás?
Habla, mi bien, que jamás
en tal confusión me has puesto.
¿Qué es esto? ¿Callando quieres
aumentar más mi cuidado?
MARCIA: Lisonjas has estudiado;
bien lo dices, lindo eres.
A Marcia habemos tenido
por saber cierto cuidado
tuyo, que lástima ha dado
verla una hora sin sentido.
LISEO: ¿Cuidado mío, Belisa,

cuándo el alma vive en ti?
¡Ay Dios! Si sabe, ¡ay de mí!
la voluntad de Fenisa;
matarme será favor
en desdichas semejantes.
MARCIA: Nunca matan los amantes,
que es padre piadoso amor.
LISEO: Marcia mía, ¿qué pretende
tu crueldad? Dime tu pena,
que mi voluntad y espada
sabrán vengarte.
BELISA: No enfada,
que es padre que al hijo ofende.
LAURA: Cansada barca mía,
pues ya a seguirte la tormenta empieza
y tan sin alegría
surcando vas por mares de tristeza,

2024 surcar: atravesar, cruzar

despídete del puerto
en quien pensaste descansar muy cierto
y dile “adiós, ingrato”
que no puedo sufrir tu falso trato;
de tus falsos engaños
me alejo, desleal, no quiero verte,

2030 alejar: separar, apartar

y en la flor de mis años
quiero rendirme a la temprana muerte.
Sigue tras tus antojos
por quien son ríos de llorar mis ojos,
que yo pienso dejarte
y recogerme a más segura parte.
Tirano, no son celos,
aunque pudiera dármelos Fenisa;
no quiero mas desvelos.

2039 desvelos: preocupaciones

Vamos, prima, de aquí. Vamos, Belisa.
LISEO: Marcia divina, escucha.
LAURA: No puedo, falso, que mi pena es mucha.
LISEO: Así tus años goces
que no te aflijas, llores, ni des voces.
LAURA: Cierra esa infame boca
que no es quimera, no, traidor, mi queja.
MARCIA: Está de pena loca.

Prima querida, esas razones deja,;
basta, por vida mía.
LAURA: Déjame, prima; aparte te desvía.
LISEO: Ea, mi cielo, acaba,
que miente quien te ha dicho que la amaba.
LAURA: Aquesa ingrata veas
hacer favores a quien más te ofende;
de ella olvidado seas.
LISEO: Hermosa Marcia, mi disculpa entiende.
LAURA: Y cuando más te quiera,
muerte cruel entre tus brazos muera,
y si es aborrecida
en tu poder alcance larga vida.

Vase

LISEO: Tenla, hermosa Belisa.
MARCIA: No la puedo tener, que va furiosa.
LISEO: ¡Oh, mal hayas, Fenisa,
que así estorbes mi suerte venturosa!
MARCIA: Bien dijo quien decía
mal haya la mujer que en hombres fía.
LISEO: Belisa, mortal quedo.
MARCIA: ¿En qué vendrá a parar tan loco enredo?
Una mujer celosa
es peor que la víbora irritada,
pero haz una cosa
si quieres que yo pueda confiada
tratar aquestas paces
y decirla el favor que tú la haces;
promete ser su esposo
y amansarás su rostro desdeñoso,
en un papel firmado
en que diga: prometo yo, Liseo,
por dejar confirmado
con mi amor y firmeza mi deseo
ser, señora, tu esposo,
pena de que me llamen alevoso;

2082 alevoso: traicionero

con que podré segura
hacer por ti lo que mi amor procura.

2084 procura: obtiene

LISEO: Sí hiciera, ¿más ahora

cómo podré escribir eso que pides?
Da una traza, señora,
pues tu favor con mis deseos mides.
MARCIA: Allégate a la puerta,
que por servirte al punto será abierta;
enviaréte un criado
mientras veo si Marcia se enternece,
y te dará recado
para que escribas, pues tu suerte ofrece
que dichoso poseas
en matrimonio la que más deseas.
LISEO: Ves, señora, al momento,
que no me da mi pena sufrimiento.

Vase MARCIA y sale LEÓN

LEÓN: ¡Gracias a Dios que te hallo!
Por Dios, que vengo molido.
¿Hay quien me socorra acaso
con algún trago de vino?
Sudando estoy, ¿no me ves?
Tienta, que por Jesucristo

2104 tienta: tócame

que no he parado esta tarde,
buscándote, señor mío.
¡Válgame Dios lo que anduve!
No he dejado ¡por Dios vivo!
tabernas ni bodegones
donde no entrase mohíno.

2110 mohíno: airado

Preguntaba en las despensas:

2111 despensas: lugares donde se almacenaba comida

¿señores, acaso han visto
entre los cueros honrados

2113 cueros: odres de vino

un amo que yo he tenido?

2114 amo: patrón

Llegué a casa de Fenisa
y halléla con tanto hocico,

2116 con tanto hocico: quejándose con malas palabras

tanto, que en sólo mirarla
dos muelas se me han caído,
que estas solas me quedaron
de cuando que estás mohíno.
Parece que no te agrado

con estas cosas que digo.
No me habló y llegué a Lucía,
antiguo cuidado mío,
y miróme carituerta

2125 carituerta: falta de un ojo

y con el rostro torcido.
Al cabo de mil preguntas
muy enojada me dijo
que don Juan a su señora…
¿Has el suceso sabido? 2130
También estás enojado;
si quieres al atrevido
que entre los dos le paguemos
el merecido castigo.
Vamos, que yo le daré,
pues hizo tal desatino,
lo que merece; ¿hay tal cosa?
Miren qué ceño maldito.
¿Acábase el mundo, acaso
es venido el Anticristo? 2140

2140 Anticristo: en la Biblia, el enemigo más grande de Jesucristo y el Cristianismo

Que vive Dios que pareces
hoy al miércoles corvillo.
¡Jesús mil veces! ¿Hay tal?
¿Has el juicio perdido?
¿Qué tienes?

LISEO: ¡Ay, mi León!

LEÓN: ¡Ay, Jesús, y qué suspiro!
Dios me ha hecho mil mercedes
de estar en la calle!

LISEO: Amigo,

¿por qué causa? Que la casa
con él se hubiera caído. 2150
LEÓN: ¿Qué tienes? ¿Has hecho acaso
algún terrible delito?
¿Búscate algún alguacil?
¿Viene el Día del Juicio?
LISEO: ¡Ay, León! ¡Ay, fiel criado!
Muerto soy, yo soy perdido.
LEÓN: ¡Ay, señor de mis entrañas!
Que me has quitado el sentido,
perdídonos. Que estás

muerto; yo te veo vivo.
Yo no sé lo que te tienes.
¿Dónde está tu regocijo?
LISEO: Ya, León, ya se acabó,
ya soy con todos malquisto.
LEÓN: Si acaso has dicho verdades,
no me espanto, que este siglo
la aborrece en todo extremo.
LISEO: Marcia, León, ha sabido
la gran traición de Fenisa
y mi altanero sentido,
y más brava que leona
dos mil injurias me ha dicho,

2172 injurias: insultos

y sin oír mi disculpa
de aquí furiosa se ha ido.
LEÓN: ¿Eso es no más? Lleve el diablo
tus terribles desatinos.
¡Vive Cristo! Que en las calzas
he criado palominos.
Miren qué traición al rey,
¡por Dios santo!, que me río.
Calla, que eres mentecato.

2181 mentecato: tonto

Dime ¿dónde está tu brío?
Hay mil mozas en la corte,
entre quince y veinte y cinco,
que sólo porque las quieras
te traerán siempre en palmitos.

2186 traer en palmitos: tratar muy bien

LISEO: A esta sola, León,
es la que quiero y estimo.
LEÓN: Y si te doy un remedio
¿qué me darás?
LISEO: Cuanto estimo,
cuanto yo tengo y poseo
y el naranjada vestido.
LEÓN: Pues sabe que una mujer,
de aquestas que chupan niños,
me dio para cierto caso
una receta de hechizos.
No sirvió, porque mi moza,
muy arrepentida, vino

a rogarme una mañana
con dos lonjas de tocino.
Guardéla con gran cuidado
aquí en este bolsillo.
Sal acá.
LISEO: ¿No pareció?
LEÓN: Sí; los cielos sean benditos.
¿Quieres oiría?
LISEO: ¡Ay, León,
si aprovechara te digo!
LEÓN: Claro está, que yo la di
en cierto caso a un amigo
que su mujer padecía
mal de madre, y ella hizo
y vio milagros con ella.
LISEO: ¿Hay tan cruel desatino?
Pues si es para enamorar,
¿cómo sanarla ha podido?
LEÓN: Eso es ello; que es tan fuerte,
que aunque le costó infinito
al fin sanó la mujer,
porque el ensalmo es divino.
LISEO: Dila, aunque me cueste un mundo.
LEÓN: Pues está atento un poquito.
¡Ay Dios, si te aprovechase
porque me des el vestido!
Un corazón de araña al sol secado
y sacado en creciente de la luna,
tres vueltas de la rueda de fortuna
cuando tenga a un dichoso levantado.
Esto ha de ser con gran primor mojado

2227 primor: cosa exquisita

en el licor de aquella gran laguna
donde por ser Salmazis importuna,

2229 Salmazis: ninfa mitológica que se enamoró de Hermafrodito, el hijo de Hermes y Afrodite; ella y él fueron unidos en una fontana para crear la fusión del hombre y de la mujer

fue Eco en hermafrodito trocado

2230 Eco: en la mitología clásica, una de las ninfas mas conocidas que no podía entablar una conversación sino que solamente podía repetir lo que otros decían; 2230 trocado: convertido

en sangre de Anteón, muy bien cocido,

2231 Anteón: en la mitologiá clásica, el cazador mortal que accidentalmente vio a Artemisa desnuda; ella lo convirtió en ciervo y sus propios perros se lo comieron

revuelto en quejas de los ruiseñores,

2232 ruiseñores: pájaros con bello canto

y entre pelos de rana conservado.
Cuando fueres tratado con olvido,
sahúma con aquello a tus amores

2235 sahumar: dar humo aromático

y serás de tus penas remediado.
LISEO: Vive Dios, que estoy por darte
cien coces. Cuando mohíno
me ves, me cuentas alegre
tan terribles desatinos;
cuando estoy desesperado, dices…
LEÓN: Vive Dios, que he sido
en todas las ocasiones
muy desgraciado contigo.
Entreténgote y te pesa;
¿no sabes que los hechizos
tienen la misma virtud
que en esta memoria has visto?
Cuando es uno desdichado
en todo tiene prodigios.
Verá el diablo por qué tanto
me veo ya despedido
de vestirme como Judas

2253 Judas: personaje en la Biblia que traicionó a Jesucristo porque lo vendió por cuarenta monedas

de aquel vestido amarillo.

Sale BELISA a la puerta

BELISA: Cé, Liseo.
LISEO: ¡Norte mío!
BELISA: Que lo soy, cierto confío.
Entra y escribe.
LISEO: Ya voy.
Mira que tu esclavo soy.
LEÓN: No entiendo tu desvarío.
Éntrate, pues yo me voy,
que con calentura estoy

2261 calentura:calor, fiebre

después que entro en una ermita,

2262 ermita : lugar donde alguien vive solo; santuario

ya que esta pasión se quita
con dormir.
LISEO: De Marcia soy.
Di, Belisa, ¿qué hace ahora?

BELISA: ¿Quién?
LISEO: Mi Marcia.
BELISA: Gime y llora
tu engañoso proceder.
LISEO: En ella mi alma adora.
BELISA: Laura será tu mujer
a quien es tu fe deudora.
que si engañando has vivido
y de ti engañada ha sido,
hoy tu engaño pagarás,
y por engaño serás
a tu pesar, su marido.

Vase BELISA, y salen FENISA y Lucia

LUCÍA: Como te cuento, he sabido
este caso.
FENISA: Al fin don Juan
es de Belisa galán
y por ella le he perdido.
LUCÍA: Días y noches está.
entretenido en su casa,
señal que su amor le abrasa
y que olvidándote va.
FENISA: Cuando anteanoche le vi
tan vengativo y furioso,
lío le culpé por celoso,
y porque la causa fui.
Mas viendo que no ha tornado,
conozco que fue venganza,
y más era su mudanza.
que su grande desenfado.
Belisa lo mandaría
y por eso se atrevió.
LUCÍA: Eso no lo dudo yo.
FENISA: No hay que dudar, mi Lucía,
ya parece que Cupido
ofendido de mí está,
y a todos mandando va
que me traten con olvido.
Tres días ha que Liseo
ni me visita, ni escribe,
don Juan con Belisa vive,

y sola males poseo;
don Juan con Belisa amigo,
habiendo por mí olvidado
su amistad.
LUCÍA: Caso pesado
de tu condición castigo,
pues del amor te burlabas,
tu servicio admitías,
a todos cuantos querías,
puesto que a ninguno amabas.
FENISA: ¿A ninguno? Por los cíelos,
que a todos quiero, Lucía,
a todos juntos quería;
si no, míralo en mis celos.
LUCÍA: Pues no te osaba decir
cómo ya Marcia y Liseo
se gozan.
FENISA: ¡Ay de mí! Creo
que estoy cerca de morir.
¡Marcia y Liseo! ¿Hay tal cosa?
Y Belisa con don Juan
bien concertados están.

Llora

LUCÍA: Ella es historia donosa;
no llores.
FENISA: Yo he de vengarme
Lucía, no hay que tratar;
yo los tengo de matar.
No tienes que aconsejarme.
LUCÍA: ¿A todos?
FENISA: A todos, pues.
LUCÍA: ¡Jesús!
FENISA: No te escandalices.
Lucía:.
Mira, por Dios, lo que dices.
Fenisa:.
Calla, y lo verás después.
Dame mi manto, Lucía,
y toma el tuyo, que quiero
ver a Liseo la cara.
LUCÍA: Míralo mejor primero,

y no te arrojes, por Dios,
que el daño después de hecho,
aunque quieras remediarle,
no tiene ningún remedio.
FENISA: Trae los mantos, esto pido,
que no te pido consejos,
porque tal estoy, Lucía,
que ya no son de provecho.
LUCÍA: Con todo quiero pedirte
que escojas uno de aquestos
y no traigas tantos hombres
danzando tras tu deseo.
FENISA: Es imposible, Lucía,
proseguir, que es desvarío
quererme quitar a mí.
que no tenga muchos dueños.
Estimo a don Juan, adoro
a mi querido Liseo,
gusto de escuchar a Lauro
y por los demás me pierdo.
Y si apartase de mí
cualquiera destos sujetos,
quedaría despoblado
de gente y gusto mi pecho.
Acaba. ¿No traes el manto?
Que estoy rabiando de celos.

Vase

LUCÍA: Ya voy.
FENISA: Camina, que amor
venganza me está pidiendo.
Si mi amor, un alma porque tiene
sufrimiento en sus penas y tormentos,
yo, amor, que amando a muchos mucho, siento;
no es razón que tu audiencia me condene;
razón más justa, amor, será que pene
la que tiene tan corto pensamiento
que no caben en él amantes ciento
y amando a todos juntos se entretiene;
si quien sólo uno ama premio espera,
con más razón mi alma le merece,
pues tengo los amantes a docenas.

Dámele, ciego Dios, y considera
si con uno tan sólo se padece,
yo padezco con tantos muchas penas.

Sale LUCÍA

LUCÍA: Lauro te quiere hablar si gustas dello;
a la puerta abriré que están llamando.
FENISA: Jesús, Lucía, ¿pues a Laura niegas.
la entrada, pues la tiene ya en mi alma?
LUCÍA: Como estás disgustada, yo creyera
que te faltara gusto y desenfados
para engañar a todos, como sueles.
FENISA: ¿Qué cosa es engañar? Ya yo te he dicho
que a todos quiero y a ninguno engaño.
LUCÍA: ¿Pues como puede ser que a todos quieras?
FENISA: No más de como es. Ve y abre a Lauro,
no quieras saber, pues eres necia,
de qué manera a todos los estimo.
a todos cuantos quiero yo me inclino,
los quiero, los estimo y los adoro;
a los feos, hermosos, mozos, viejos,
ricos y pobres, sólo por ser hombres.
Tengo la condición del mismo cielo,
que como él tiene asiento para todos
a todos doy lugar dentro en mí pecho.
LUCÍA: También en el infierno hay muchas sillas
y las ocupan más que no en el cielo.
Según esto serás de amor infierno,
que si allá van los hombres por delitos,
también vienen a ti estos pecadores
por los que ellos cometen cada día.
LAURA: Deja quimeras, llama a Lauro, necia,
que yo soy blanco del rapaz Cupido.
LUCÍA: Entrad, Lauro; ya viene. Al cielo ruego
que no te quedes, como pienso, en blanco.

Entra LAURO

LAURO: ¿Cómo tan sola, Fenisa de hermosura?
Más será por decir que sola eres
del mundo asombro y de belleza reina.
FENISA: Basta, Lauro, lisonjas. No me quieres,
pues conmigo las gastas sin pedirlas.

LAURO: Pluguiera a Dios, Fenisa, no quisiera
como quiero, pues es tan sin remedio.
FENISA: ¿Pues cómo sin remedio, Lauro mío?
LAURO: ¿Tuyo, Fenisa? Pues si yo tuyo fuera,
no viniera a decirte lo que vengo.
FENISA: ¿Díceslo por Liseo? ¿No te he dicho
que pidas a Liseo que me deje?
Mas di, Lauro, a qué vienes, y perdona
que no me siento, porque estoy de paso,
que voy a ver a Marcia.
LAURO: No hay conmigo
cumplimientos, señora; acá me envía
Liseo, a que te diga que te cansas
con recados, mensajes y papeles,
gastando el tiempo en cosas sin remedio.
Dice que aquella noche que en el Prado
contigo estuvo, apenas te apartaste
cuando llegando a San Felipe, llega
don Juan, un caballero que conoces,
y le pidió le oyese dos palabras,
en las cuales le dijo que tú eras
por cuyo amor dejó a Belisa, prima
de la gallarda Marcia, amiga tuya;
que de la misma suerte salteaste
a su amor, como el suyo desta dama.
También le dijo cómo aquella noche
en el Prado, a tu causa, perder quiso
con Liseo la vida y aun la honra.
Mas viendo que la culpa tú la tienes,
tomó como tú sabes la venganza,
y le contó lo que decir no quiero,
que bastan los colores de tu cara
sin que yo saque más; al fin, Liseo
dice que te entretengas en tus gustos,
pues son tan varios, y que de él no esperes
otra cosa jamás; yo, que te amaba,
no te aborrezco, mas al fin te dejo.
Yo voy, pues lo permiten tú y los cielos,
a llorar y sentir aquestos celos.

Vase

FENISA: Lauro, Lauro, escucha, espera.

¿Fuese?
LUCÍA: Sí, ¿mas qué pretendes
en tantos males hacer?
FENISA: Dame el manto y no me dejes
que ya no puedo, Lucía,
sufrir los males presentes;
yo me tengo de perder.
LUCÍA: Alto, las armas previene,
que yo me pondré a tu lado
haciendo lo que tú hicieres.
Buena te ponen los hombres,
pero no es mucho que penes,
que dar gusto a tantos hombres,
imposible me parece.
FENISA: Deja las burlas, Lucía.
LUCÍA: Ya veras llamarlas puedes
las que dan tanto pesar,
y si por burlas las tienes,
no hay sino tener amantes
y sufrir lo que viniere.
Burlas, yo las doy al diablo.
Señoras, las que entretienen,
tomen ejemplo en Fenisa;
huyan destos pisaverdes.
FENISA: Acábate de cubrir;
Lucía, pesada eres;
cuando reventando estoy
con gracias te desvaneces.

Vase

LUCÍA: Camina, señora mía.
Digan señoras, ¿no miente.
en decir que quiere a todos?
Cosa imposible parece;
mas no quiera una mujer
que vive mintiendo siempre
pedir verdad a los hombres.
Necias serán si lo creen.

Vase. Salen BELISA y LEÓN

LEÓN: ¡En casa, y sola!
BELISA: ¿Esto te ha espantado?

LEÓN: ¿No quieres que me espante de una dama
moza, gallarda y de tan nobles partes,
día de San Miguel, y sola en casa,
cuando aún las más bobillas toman vuelo
BELISA: Mira, León, cuando una mujer ama,
ni busca fiesta, ni visita plazas,
pasea calles, ni pretende fiestas.
LEÓN: Tienes razón; cuando una mujer ama;
mas tengo para mí que no hay ninguna,
y si la hay, es sola, como fénix.
BELISA: Pues esa fénix sola en mí la miras.
LEÓN: Está ya tal el mundo, que es milagro
poder en él vivir; está perdido,
porque ya las mujeres destos tiempos
tienen unos de gusto, otros de gasto,
y el marido que coja clavellinas
que cría medellín y el rastro cría.
BELISA: Esas tales León, no son mujeres;
sucias harpías son, confuso infierno
donde penan las almas destos tristes.
LEÓN: Grandes son los pecados destos tiempos
si aquesos son infiernos como dices,
pues no habiendo criado Dios más que uno, .
ahora vemos en el mundo tantos.
BELISA: ¿Tantos hay?
LEÓN: Infinitos.
BELISA: No te espantes
que como son los gastos sin medida
procuren las mujeres quien lo gaste,
si con la razón lo miras todo,
también los hombres tienen cien mujeres
sin querer a ninguna.
LEÓN: ¿Cien mujeres?
¿Y cuál es el ladrón que tal tuviera?
Vive Dios, que es bastante sola una
a volver viejo un hombre, y tú me dices
que hay ninguno que tenga tanta carga;
y si engañan, los hombres aprendieran
de los engaños que hay en las mujeres.
Cierto amigo me dijo que había dado
al desdichado mundo por arbitrio,
que pidiese en algunos memoriales

a los dioses remedien sus desdichas
y los gastos pesados que se usan.
BELISA: Dime aqueso, León.
LEÓN: Pues ¿no lo sabe?
Aguarda y lo diré, si estás atenta.
BELISA: Dame, León, de aquesas cosas cuenta.
LEÓN: Después que pasó
de la edad dorada
la santa inocencia
y la verdad santa,
cuando las encinas
la miel destilaban,
y daba el ganado
hilos de oro y plata,
ofrecían los prados
finas esmeraldas
y la gente entonces
sin malicia estaba,
en esta de hierro
tan pobre y tan falta
de amistad, pues vive
la traición malvada,
son 1os males tantos,
tantas las desgracias,
que se teme el mundo
de que ya se acaba.
En la sacra audiencia
con su larga barba
pidiendo justicia
entró una mañana;
el sacro auditorio
oyó su demanda
y le dio licencia
para relatarla.
Lo primero pide.
que justicia se haga
de los lisonjeros

2562 los lisonjeros: halagadores

que en la corte andan;
con esto que pide
muchos amenaza.
¡Ay de los que sirven!

Perderán la gracia
y que a la mentira
descubran la cara,
porque el nombre usurpa.
a la verdad santa;
que declare el uso
cómo y dónde halla
los diversos trajes
con que al mundo engaña;
a quien tras los cuellos
que bosques se llaman,
tanto en la espesura

2578 la espesura: bosque muy densa con muchos árboles

como en ser de caza,
guedejas y rizos.

2580 guedejas: pelo alrededor del cuello del léon, la cabellera

de las bellas damas,
puños azulados,
joyas, cintas, galas;
a los hombres dicen
que vistan botargas
como en otros tiempos

2586 botargas: tipo de calzón antiguo y muy ancho

los godos usaban;
que a las damas manden
que por galas traigan
las cofías de papos
de la infanta Urraca;

2591 la infanta Urraca: reina de Castilla y León durante los años 1109-1126; tuvo la fama de ser traicionera

que en la ropería
acorten las faldas
de aquestos jubones

2594 jubones: tipo de chaleco

ya medio sotanas,

2595 sotanas: vestiduras de los curas

y que de las tiendas
las busconas salgan
para que no pelen
los que en ellas andan;
que a los coches pongan.
corozas muy altas

2601 corozas: capotas, cubiertas

por encubridores

de bajezas tantas;
pide a ciertas brujas
que en nombre de santas
en la corte viven,
que de ella salgan,
porque sólo sirven
de vender muchachas
y chupar las bolsas.
con venturas falsas;.
Pide a mil maridos
que miren su casa
para ver si hay
varas encantadas
con que sus mujeres
oro y tela arrastran
dando a los botones
por honesta causa.
Pues de los poetas
mil cosas ensarta,
mas yo no me meto
en contarte nada;
doy al diablo gente
que al amigo mata
si toma la pluma
con no ser espada.
BELISA: Ya sabes, León,
que al león señalan
por rey de las fieras. ….. . ….. . ….. . ….. . .,,,
que en el campo andan,
y sabrás también
que le da cuartana
con que su fiereza
humilla y baja.
LEÓN: Pues ¿no he de saberlo
si a su semejanza
traigo la cabeza
siempre cuartanaria?
BELISA: Pues estando un día
su crueldad y rabia
al dolor rendida
del mal humillada,
entró a visitarle

con la vista airada
el soberbio lobo
de malas entrañas.
Éste con la zorra
trae guerra trabada,
y así por vengarse . ….. . ….. . ….. . ….. . .,,,,
este enredo traza.
Si tu majestad,
señor, quiere, traiga
la piel de la zorra
al cuerpo pegada.
Yendo a entrar la zorra
oyó estas palabras,
que fueron aviso
para su venganza.
Aguardó que el lobo
la dejase franca
la anchurosa cueva
del león morada.
Con el rostro humilde
entró, mas no osaba
llegarse al león
temerosa y cauta;
díjole el león:
¡Ay, amiga cara!
esa piel me han dicho
que conmigo traiga
y tendré salud.
La zorra humillada
le dice: Señor,
tu pena restaura
si en este remedio
tu mal se repara,
mas mi pellejuelo
aunque tenga gracias,
es tan pequeñito
que aun un pie no tapa.
Si fuera el del lobo,
tiene virtud tanta
que sólo en tocarle
la vida se alarga.
Dejóla el león

mas al lobo aguarda
y en llegando cerca
echóle la garra,
quitósele todo,
sólo le dejara
la cabeza al triste
y las cuatro patas.
Salió el lobo
con tan grandes ansias
que con el dolor
mil aullidos daba;
estaba la zorra
contenta y ufana
mirando el suceso . ….. . ….. . ….. . ….. . .,,,,,
de una peña alta,
y con voz risueña,
desenvuelta y clara
dijo: “Caballero,
vuelva acá la cara
el de los zapatos,
guantes y celada.

2707 celada: armadura antigua que protege la cabeza

Si os veis otra vez
con personas altas,
cortad vuestras cosas, . ….. . ….. . ….. . ….. ,,,
las demás dejaldas.
Sabed que no medra

2712 medra: aumenta de tamaño o estado

quien en corte habla.”
¿Entiendes, León?
Pues si entiendes, calla.
LEÓN: Muy bien le he entendido,
mas callarme mandas;
tengo el arca chica,
todo me embaraza.
¡Ay Dios, que reviento!.
Si callo, me matas.
¡Qué imposible cosa!
¡Oh qué ley sellada!
No hay torno de monjas
con andar cual anda,
como aquesta lengua

tan libre y tan larga.
No hubiera ignorantes
si todos callaran;
mas don Juan es éste.
BELISA: Pues si es don Juan, calla.

Sale don Juan

D. JUAN: Dulce Belisa, ¿aquí estás?
BELISA: Aquí estoy, amada prenda,
esperando a ver tus ojos.
D. JUAN: Pues ya vengo a que me veas
y me mandes como a esclavo.
BELISA: ¿Qúién es quien queda a la puerta?
D. JUAN: Gerardo, señora mía.
BELISA: Gerardo, ¿por qué no entras?
GERARDO: Por dar lugar a don Juan.
BELISA: No ofenderá a tus orejas
oír hablar dos amantes.
GERARDO: Antes oírlos me alegra.
BELISA: Espera, ¿qué ruido es éste?
LUCÍA: Camina, señora, allega,
don Juan está con Belisa.
Famosa ocasión es ésta.
FENISA: Traidor, ¿en aquesta casa
he de hallarte, cuando deja
mi voluntad ofendida,
mi rostro lleno de ofensas?
¡Vive Dios, que he de quitarte
con estas manos, con éstas,
esa infame y falsa vida!
BELISA: Paso, Fenisa, ésta queda,
que tiene en corte parientes
que por el contrato vuelven.
FENISA: Belisa, apártate a un lado;
no des lugar que te pierda
el respeto, y que te diga
que fue por tu gusto hecha
en mi persona venganza.
BELISA: Mientes, villana grosera.
FENISA: Ahora verás quien soy.
LEÓN: Igual está la pendencia,
una a una.

D. JUAN: ¿Hay caso tal?
Esta es mucha desvergüenza,
Fenisa.
LEÓN: Déjalas, calla,
diremos, viva quien venza,
si viniesen a las manos,
tú, Lucía, estáte queda,
¡oh, vive Dios! que los ojos
allá al cogote te meta
de una puñada.
LUCÍA: Está quedo.

Sale MARCIA

MARCIA: ¿Qué es esto, qué grita es ésta,
Fenisa, pues tú en mi casa
loca y atrevida llegas
y con mi prima te pones
en iguales competencias?
Vuelve en ti, que estás sin seso.
FENISA: Marcia, no puede mi ofensa
dejar la venganza.
MARCIA: Quita,
¿qué venganza? Si tuvieras
tu juicio, ante mis ojos
en tu vida parecieras.
Quita, prima, que es infamia
que con mujer tan resuelta
te pongas.
BELISA: Déjame, prima.
LEÓN: ¡Por Dios! que si no viniera,
ellas, con hermoso brío,
se asían de las melenas.
FENISA: Esa es discreta razón,
Marcia, que niegue tu lengua
la obligación a mi amor.
Marcia.
¿Hay desvergüenza como ésta?
¿Tu amistad, tu amor? No digas,
Fenisa, aquesa blasfemia,
sino dime a que has venido.
FENISA: A quejarme que consientas
que don Juan hable a tu prima

siendo mi esposo.

D. JUAN: Que mientas
en cosa que tanto importa,
¡por Dios, Fenisa, me pesa!

Sale LISEO

LISEO: Si quien viene arrepentido
tiene de hablarte licencia,
escúchame, bella Marcia.
GERARDO: ¿Qué es esto, mi Marcia bella?
MARCIA: Ten ánimo y no desmayes
aunque más sucesos veas,
Liseo, pues tras Fenisa
te vienes a mi presencia.
LISEO: ¿Yo tras Fenisa, señor?
Si tal vengo, con aquesta
espada a traición me maten.
FENISA: Ya que descubierto queda
todo el engaño, Liseo,
¿por qué tus ojos me niegas?
Vuelve a mirar a Fenisa.
LISEO: De Marcia soy, no pretendas
estorbar mi casamiento.
LAURA: Eso será cuando quiera
Laura la licencia darte.
LISEO: ¡Cielos! ¿Qué visión es ésta?
Laura, ¿no eras religiosa?
LAURA: No, Liseo, que fue treta
de Marcia, para engañarte
y dar remedio a mi pena.
No te enfades ni te enojes,
yo he sido la que en las rejas
te habló, fingiendo ser Marcia,
y porque mejor lo creas
¿esta firma es tuya?

LISEO: Sí,
porque aunque negarla quiera
es Belisa buen testigo,
pues ella me mandó hacerla.
MARCIA: Liseo, cosa imposible
es apartar lo que ordena
el cielo. Pues Laura es tuya,

por mí tu mano merezca.
FENISA: Liseo, pues eres mío,
lo que haces considera,
cumple con mi obligación.
MARCIA: ¿Qué ha de cumplir? Calla, necia,
que sólo por ser mujer
no te echo por la escalera.
¿Dudas, Liseo, qué es esto?
Pues para que ejemplo tengas,
mira cómo doy mi mano
a Gerardo, porque sea
premiada su voluntad.
GERARDO: De rodillas en la tierra
la recibo, Marcia mía;
al fin venció mi paciencia.
¡Bien empleados trabajos!
LAURA: No dirás sino la mía.
LISEO: Ésta es mi mano, y con ella
el alma, pues, será tuya.
FENISA: ¡Que aquesto mis ojos vean!
Dame la mano, don Juan,
pues quiere el cielo que sean
tuyas mis humildes partes.
D. JUAN: Di a Belisa que consienta
en ello.
FENISA: Sólo tu gusto,
Don Juan, puede hacerte fuerza.
Acaba, dame tu mano.
BELISA: Desvíate a un lado, necia,
que don Juan no ha de ser tuyo
mientras el cielo me tenga
viva, porque es ya mi esposo.
D. JUAN: Yo soy, Belisa discreta,
el que gano en tal partido.
LEÓN: Lucía, no te detengas,
dame de presto esa mano
que según Fenisa queda
pienso que ha de asir de mí,
y no quiero ser con ella
otro signo Capricornio,
pues soy león en fiereza.
LUCÍA: Tuya soy, León amado,

pero yo no tengo hacienda,
y si eres bravo, ¿qué haremos
si no comemos arena?
LEÓN: Remédialo tú si puedes.
LUCÍA: Yo tengo cierta receta
para hacer los bravos mansos.
LEÓN: ¿Y si lo soy habrá renta?
LUCÍA: Renta, coches y criados.
LEÓN: Pues alto, usaremos della,
que en la corte no se vive
si no es con trazas como éstas.
FENISA: Todos habéis sido ingratos
a mi favor y finezas.
Justicia, cielos, justicia
sobre aquesta casa venga.
MARCIA: Fenisa, tus maldiciones
que nos alcancen no creas,
pues de tu mal naide tiene
la culpa, sino tú mesma.
Las amigas desleales
y que hacen estas tretas,
pocos son estos castigos.
Consuélate y ten paciencia.
LISEO: Con esto, senado ilustre,
justo será que fin tenga
la traición en la amistad,
historia tan verdadera
que no ha un año que en la corte
sucedió como se cuenta.
LEÓN: Señores míos, Fenisa,
cual ven, sin amantes queda.
Si alguno la quiere, avise
para que su casa sepa.

FIN DE LA TRAICIÓN EN LA AMISTAD

FIN DE LA COMEDIA

Zayas, María de. “La traición en la amistad.” Association for Hispanic Classical Theater, 2026.
https://www.comedias.org/obras/la-traicion-en-la-amistad/